

Brigitte
EN ACCION

DEATH

Lou Carrigan

¡Muerte a los negros!

Un incomprensible asesinato se produce en un lugar al que Brigitte define como «ese “simpático” país donde los derechos humanos han sido tomados a risa». Tío Charlie le saca de mi error: no son los derechos humanos los que han sido tomados a risa, sino «“solamente” los derechos de los negros». Y no solo esto, sino que existe un plan para asesinar a tres millones de negros de ese país.



Lou Carrigan

¡Muerte a los negros

Brigitte en acción - 305

ePub r1.0

Titivillus 29-08-2019

Lou Carrigan, 1981
Diseño de cubierta: Benicio

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Brigitte
EN ACCION



Cita de amor

El contraste entre la pareja no podía ser mayor.

Él era negro. Imposible ser más negro de lo que lo era Kobo Mabeko. Alto, fuerte, hermoso, eso sí. Pero negro hasta la máxima negrura que puede alcanzar un ser humano.

Ella se llamaba Isa Verkavaa, y era blanca. Blanquísima. Su piel ni siquiera tenía el más leve rastro del intenso sol sudafricano. Era de una blancura inmaculada, como la leche. Y hermosa. Sus ojos grandes, de un azul muy claro; sus cabellos eran de un rubio casi albino. Su espléndido cuerpo no podía ser más blanco.

Sí.

El contraste no podía ser mayor entre las pieles de Kobo Mabeko e Isa Verkavaa. Y aún se notaba más en el abrazo de ambos cuerpos.

Estaban amándose a la sombra de un alto y frondoso árbol cercano al río. Ella se abrazaba a la espalda de él, hundía sus finos deditos, sus manos como lirios en la negra y musculosa espalda. Sus gemidos de placer era lo único que se oía, aparte del suave rumor de las aguas del turbio y ancho río. Alrededor de ellos todo era silencio y sol.

Isa Verkavaa emitió otro gemido más profundo, y sus manos se hundieron más en la negra espalda de Kobo Mabeko.

—Sí —gimió—… ¡Sí…!

Un instante más tarde se producía el estallido en los cuerpos de ambos. Isa Verkavaa gritó contenidamente, se agitó, gimió una vez más, se tensó fuertemente… Por fin, se relajó. Quedó con la cabeza echada hacia un lado, viendo la vegetación que flanqueaba el cercano río. Sobre ella, Kobo Mabeko sonrió, la besó en una orejita, y susurró:

—¿Bien?

Ella movió la cabeza para mirarlo, y sonrió dulcemente.

—Oh, mi amor… —suspiró.

Se besaron en los labios, la gran boca negra y roja de Kobo Mabeko se apoderó de los sonrosados labios; tan sonrosados, que se acercaban al blanco que los rodeaba. Al blanco inmaculado del bello rostro de Isa Verkavaa. Fue un beso largo, que los fue enardeciendo lentamente de tal modo que volvieron al principio. Esta vez, el amor se prolongó más. Las manos como lirios de Isa se deslizaban en lentas caricias por la piel de ébano, tensa, dura fuerte.

Después de la segunda vez quedaron silenciosos, inmóviles, todavía en sus mentes y en sus cuerpos el recuerdo del gran placer experimentado.

De pronto, Isa se movió.

—Se está haciendo tarde —susurró—… Tengo que volver ya a Nokobi, mi vida.

—¿Cuándo puedo volver a llamarte?

—No sé… Temo que me estén vigilando. Incluso es posible que intervengan mi teléfono de un momento a otro.

—Sí —asintió él, sombrío, echándose a un lado—… Ese es un riesgo que hay que tener muy en cuenta.

—Pero más te estás arriesgando tú. No puedes pasarte la vida huyendo de un lado a otro. Acabarán por encontrarte, por acorralarte… Y entonces, te matarán.

—Es posible que ocurra eso —asintió de nuevo Kobo Mabeko—. Pero si tardan unos pocos días más, todo podrá arreglarse.

—¿Arreglarse? ¿Cómo?

—Isa, yo no me fío de nadie. Ni siquiera de los de la Comisión. Así que he pedido ayuda a… Bueno, he pedido una ayuda especial muy poderosa, que no puede fallarme.

—¿Qué clase de ayuda? ¿A quién?

—Es mejor que no lo sepas.

—Kobo, esto es absurdo… ¡No tienes por qué seguir jugándote la vida, escondiéndote como una fiera!

—Yo tengo algo que ellos quieren, y para conservarlo tengo que seguir escondiéndome, esperando esa ayuda especial.

—Pero si te matan antes, lo que tú tienes ya no servirá de nada a nadie, porque lo tienes tan bien escondido que nunca podrá ser hallado. Al menos, eso es lo que dices tú…

—Así es.

—Supongamos que te matan —suspiró ella—… ¿De qué habría

servido todo? Esos informes que tú has conseguido y que tienes escondidos se quedarían en el escondite, hasta que se pudriesen. Te habrían costado la vida, y en cambio no podrían servir de nada a nadie… Dime dónde están, yo me haré cargo de ellos, y si te matan se los entregaré a la persona que tú me digas. ¡Es lo más sensato que podemos hacer!

Kobo Mabeko se quedó mirando a la bellísima Isa Verkavaa, fijamente.

De pronto sonrió, la besó en la boca, y le acarició los senos. Era tremendo el contraste entre sus manos y los blanquísimos senos.

Mientras se besaban, Isa le acarició también, pero, de pronto, dejó de hacerlo, se apartó un poco, y rio dulcemente.

—Oh, no —exclamó—… ¡Otra vez, no!

—¿Acaso no te gusta? —sonrió Kobo.

—Kobo, me enloquece tu cuerpo… ¡Sabes muy bien cómo gozo en tus brazos! Pero se está haciendo muy tarde. No quisiera tener que viajar de noche por estas carreteras.

—Sí, lo comprendo —admitió él, de mala gana—. Será mejor que nos despidamos.

—¿Dónde tienes el coche?

—No he venido en coche —rio él—. Llegué a pie a este lugar después de dejar el coche bastante lejos, río abajo. Cuando nos despidamos, meteré mis cosas en una bolsa hermética de plástico, me echaré al río, y la corriente me llevará hasta donde dejé el coche. Quizá te parezca un exceso de precauciones, pero como tú bien has dicho, podrían acorralarme como a una fiera.

—Todas las precauciones son pocas —admitió ella—. Bien, si me dices dónde están esos informes de De Hoven, y la persona a la que se los debería entregar en caso de que… Bueno… No quiero ni tan siquiera mencionar la muerte, pero… Ya sabes que con lo que has hecho te has convertido en un fuera de la ley.

Kobo Mabeko quedó pensativo unos segundos. Luego, volvió a besar a Isa, la acarició de nuevo, y se puso en pie. Era gigantesco, un coloso. Sus negros cabellos parecían alambres retorcidos.

—Tengo algo para ti —susurró.

—¿De qué se trata? —exclamó Isa Verkavaa.

Mabeko se dirigió a donde había dejado sus ropas, buscó entre ellas, y sacó una bolsa de plástico, en la que fue metiendo las ropas.

De entre estas, cuando ya estuvieron todas dentro de la bolsa, Kobo Mabeko sacó una pistola provista de silenciador, y apuntó con ella a la bella muchacha blanquísima.

—No creo que te guste —dijo, sonriendo fríamente.

—¡Kobo! ¿Qué sig…? Plop.

Plop, plop, plop.

Sobre el seno izquierdo de Isa Verkavaa aparecieron cuatro oscuros agujeritos, mientras la muchacha se estremecía violentamente a cada impacto; el último lo recibió ya tendida en la hierba todavía caliente de amor, con Kobo junto a ella, mirándola fríamente desde su altura. Los cuatro agujeritos oscuros se fueron convirtiendo en manchitas rojas; de un rojo pálido. Todo en Isa Verkavaa era pálido. Siempre había sido así, pero ahora su piel no podía estar más blanca. Había en su hermoso rostro una mueca de espanto y de incredulidad, y sus grandes ojos aún se veían más grandes, terriblemente abiertos, fijos en el azul del cielo, que comenzaba a oscurecerse.

Estaba espléndidamente bella…, y trágicamente muerta.

Kobo Mabeko frunció el ceño, encogió los hombros, y guardó la pistola en la bolsa de plástico. Luego, todavía completamente desnudo, se dirigió hacia la orilla del río, silenciosamente, con la agilidad y el sigilo de un felino.

Atrás quedaba Isa Verkavaa, desnuda, blanquísima, muerta.

Las manchas de la sonrosada sangre que brotaba de los cuatro impactos de bala formaban ahora una ancha rosa roja.

Capitulo primero

—¡Rosas rojas! —exclamó la señorita Montfort—. ¡Pero, tío Charlie, no tenía que haberse molestado en traerlas personalmente, querido!

—No es la primera vez que lo hago —refunfuñó Charles Alan Pitzer, jefe del Sector New York de la CIA, mirando con desconfianza a su alrededor—, así que no veo por qué se sorprende tanto, considerando que hace años que sé que las rosas rojas son sus preferidas.

—Sí, sí… ¡De todos modos ha sido un detalle muy delicado traerme este precioso ramo! ¿Qué le pasa? ¿Busca algo?

—¿No está Minello por aquí? —Gruñó Pitzer.

Brigitte Montfort soltó una carcajada. Periodista famosa en el mundo entero, Premio Pulitzer, viajera incansable, ensalzada y mimada, jefe de la Sección Internacional del *Morning News*, el diario neoyorquino de más prestigio precisamente debido a que contaba en sus filas con la señorita Montfort…, era al mismo tiempo la supersecreta agente «*Baby*» de la CIA, implacable, infalible, mortal…

Pero cuando la señorita Montfort reía, parecía que los ángeles estuviesen emitiendo su más dulce música. Tanto, que incluso el ceño de Pitzer se desarrugó…, aunque no dejó de mirar con desconfianza a todos lados.

—¿Tanto miedo le tiene usted a Frankie? —exclamó la divina espía.

—Bueno… Miedo, no, pero… ¡Demonios estoy más que harto de sus bromas! Y no me sorprendería que una de ellas fuese la de estar escondido en cualquier parte del salón.

—Puede registrarlo todo, si quiere —volvió a reír Brigitte—. Aunque debería creer mi palabra de que Frankie no está hoy aquí. Sin embargo, si usted quiere, yo misma puedo contarle uno de sus

malísimos chistes.

—No está la cosa para chistes —masculló Pitzer, sentándose en un sillón, frente a Brigitte, que como siempre ocupaba el centro del sofá de su lujoso salón—… Además, en verdad los chistes de Minello son muy malos.

—Bueno, todo tiene su gracia en la vida. El truco está en saber descubrirla… ¿Por qué no está la cosa para chistes?

Se quedó mirándolo fijamente. Estaba bellísima, cosa normal y natural en ella. Llevaba una bata encantadora, olía todavía a gel de baño, y sus largos cabellos negrísimos estaban recogidos en graciosa cola sobre la nuca. Recién bañada, fragante, limpísimos sus grandiosos ojos azules, Brigitte Montfort era una visión como para estimular a cualquiera aunque no estuviesen en una luminosa mañana de primavera.

Pitzer, que conocía bien el funcionamiento del cerebro de la espía internacional y todas las expresiones y matices de sus ojos, captó perfectamente la pregunta que latía en aquellos.

Y movió la cabeza con gesto negativo.

—No —negó—… No se trata de eso: no han matado a ninguno de sus Simones. Por fortuna, no hay noticias en el sentido de que haya sido asesinado ningún agente de la CIA.

—En ese caso, no creo que el asunto sea muy grave —suspiró Brigitte—… ¿Qué es lo que pasa?

—Uno de nuestros hombres solicita su presencia en África.

—¡En África! ¿Dónde, de África?

—En Southland.

—Ah, ya… Ese «simpático» país donde los derechos humanos han sido tomados a risa.

—Los derechos de los negros —aclaró Pitzer; y de pronto enrojeció intensamente—… ¡Ya sé, ya sé que son seres humanos! Lo que he querido decir es que en Southland, los derechos humanos de los blancos son perfectamente respetados. O sea, que los derechos de los blancos no han sido tomados a risa.

—Pero sí los de los negros.

—Sí… Bueno, eso son cuestiones políticas de alto nivel… Precisamente, como bien sabe, el presidente Carter ha estado estos día por allá interesándose por esas cuestiones…

—Lo sé muy bien. Estuve tentada de ir a África para hacer unos

reportajes sobre ese viaje presidencial, pero llegué a la conclusión de que los reportajes, si bien son informativos, no solucionan nada, así que me quedé aquí descansando. ¡Donde sí habría querido pasar unos días es en Brasil, pero, en fin…! ¿Y para qué solicita mi presencia en Southland uno de mis queridos Simones?

—Parece ser que alguien quiere ponerse en contacto directo con usted. Alguien de Southland.

—¿Conmigo o con la CIA?

—Con la agente *Baby*.

—Ya. Un contacto personal… ¿Quién es esa persona?

—Un negro llamado Kobo Mabeko. Nuestro jefe en Southland. Le he proporcionado algunos datos sobre él. Kobo Mabeko es un hombre joven, de mentalidad moderna, que hasta hace poco ha estado trabajando sin pena ni gloria en el gabinete de Asuntos Interiores de Southland, cuya jefatura, como usted debe de saber, la ocupa Karl De Hoven como un complemento a su cargo presidencial en ese país…

—Sí, sí. Sé muy bien que Karl De Hoven, además de presidente de Southland ocupa el cargo de Ministro de Asuntos Interiores de su país. Conozco bien la biografía de ese… caballero. Siga hablándome de Kobo Mabeko.

—No hay mucho que decir, la verdad. Además de lo que ya le he explicado, solo podríamos resaltar, en el aspecto personal de Kobo Mabeko, que es un gran atleta de su país. Un fuera de serie, en varias especialidades.

—Debe de ser un hermoso ejemplar —sonrió Brigitte levemente —. ¿Qué ocurre con él?

—Al parecer, hizo algo que no debía relacionado con su oscuro trabajo en el gabinete de Asuntos Interiores, y ahora es un fugitivo. Todas las fuerzas armadas de Southland, la Policía, y algunos Cuerpos Especiales lo están rastreando, acosando implacablemente. No sabemos qué hizo referente a su trabajo, pero se tiene la seguridad de que ha cometido un asesinato, en la persona de Isa Verkavaa.

—¿Quién o qué era ella?

—Una hermosa muchacha perteneciente a la clase alta de la minoría blanca de Southland. Su cadáver fue hallado, desnudo, cerca del río Noboo, a unos treinta y cinco kilómetros de la capital,

Nokobi. Evidentemente, había… Bueno… Bien, parece ser que… No, parece ser no: era evidente que…

—Vamos, tío Charlie, vamos…

—Ejem… Era evidente que había sostenido relaciones sexuales antes de ser asesinada.

—Ah. ¿Con Kobo Mabeko?

—Parece que solo pudo haber sido él, según la versión oficial del gobierno de Southland. Esa versión informa de que Mabeko violó y asesinó luego, de cuatro balazos, a Isa Verkavaa.

—Qué barbaridad —musitó Brigitte—… ¿Y ese hombre quiere una entrevista personal conmigo?

—Así están las cosas. Mabeko conoce a un par de los nuestros en Nokobi. Se puso en contacto con uno de ellos, y le dijo que quería que enviase a la Central de la CIA su petición de una entrevista con la agente *Baby*.

—Pero no dijo para qué.

—No.

—Bueno, espero que no sea para violarme y meterme cuatro balas en el cuerpo, tío Charlie.

—A mí no me parece cosa de broma, francamente.

—Tiene razón. A mí tampoco… ¿Es seguro que Mabeko violó y mató a esa muchacha blanca?

—Es la versión oficial. Nosotros no sabemos nada más. Naturalmente, y más teniendo en cuenta que Mabeko había solicitado esa entrevista con usted, nuestros muchachos están investigando a fondo el asunto, pero hasta ahora no han conseguido nada. Lo evidente es que Isa Verkavaa había sostenido relaciones sexuales con alguien, y que fue hallada muerta de cuatro balazos. Ignoramos cómo han llegado los de Southland a las demás conclusiones sobre Kobo Mabeko.

—¿Se conocían de antes Mabeko y esa muchacha?

—Ah, eso sí lo sabemos. Parece ser que sí, que ellos se conocían bastante bien. Isa Verkavaa, como le he dicho, pertenecía a la clase alta de la minoría blanca, y algunos periodistas han recordado que ella y Mabeko se conocían, pues habían coincidido en varias fiestas de índole mixta, contemporizadoras.

También se sabe que Isa Verkavaa visitaba con cierta frecuencia la Casa de la Presidencia. Es indudable que se conocían. Ahora bien,

la clase de… relaciones que pudiera haber entre ellos ya es cosa que se presta a muchas elucubraciones.

—¿Alguna vez fueron vistos solos?

—Que se sepa, no. ¿Por qué?

—Me pregunto qué hacía Isa Verkavaa, a solas con Mabeko, a treinta y tantos kilómetros de Nokobi. ¿Él la secuestró y la llevó allí para violarla y matarla… o fue ella a una cita por propia voluntad?

—No sabemos.

—¿Tenemos alguna fotografía de la chica y de Mabeko?

—De ella, no, porque no se ha considerado necesario enviar ninguna a la Central desde Southland. Pero sí tenemos unas cuantas fotografías de archivo de Kobo Mabeko.

Pitzer tendió un sobre a Brigitte, y esta extrajo algunas fotografías, en las que aparecía Kobo Mabeko, en varios planos. Unos, muy cercanos; otros lejanos. E incluso había fotografías de sus participaciones en competiciones deportivas en algunos países africanos…

La divina espía estuvo casi un minuto examinando las fotografías. Cuando las devolvió a Pitzer, murmuró:

—Saldré hoy mismo hacia Nokobi.

Hacia las cinco de la tarde siguiente, un Boeing 727 de la Southland Airlines tomaba tierra sin novedad en el Aeropuerto Internacional de Nokobi. Y alrededor de un cuarto de hora más tarde, el hombre que había estado esperando ante la salida de vuelos internacionales quedaba un instante estupefacto, luego sonreía, y, sin la menor vacilación, se acercó a una de las pasajeras llegadas en aquel vuelo.

—Hola —saludó, en inglés—. Me llamo Simón.

La hermosísima pasajera de los ojos azules, que por todo equipaje llevaba una maleta y un maletín rojo con florecillas azules estampadas, le miró sonriente, y contestó:

—¿Simón… qué más? ¿Bolívar?

El agente de la CIA se echó a reír, y se apresuró a descargar a la agente *Baby* del peso de su maleta.

—Estoy seguro —dijo, todavía riendo— de que usted no me querría tanto si me llamase Simón Bolívar. Por lo tanto, prefiero ser simplemente, Simón-Nokobi.

—¿Qué tendría de malo llamarse Simón Bolívar?

—Caramba… ¡Que estaría muerto!

Riendo, salieron los dos del edificio del aeropuerto. Llegaron al coche del jefe de la CIA en Southland, se acomodaron en él, y emprendieron el camino hacia la capital del país sudafricano.

Durante unos minutos, *Baby* estuvo mirando la vegetación, áspera y polvorienta, que flanqueaba la carretera.

Por fin, preguntó:

—¿Alguna novedad?

—Sí. Conseguí un contacto con Kobo Mabeko, y le dije que no había nada que hacer, que usted no vendría a Nokobi si él no ofrecía algo más que una simple conversación… Le hice entender claramente que la agente *Baby* no se desplaza a cualquier parte del mundo solo porque alguien lo desee.

—Pero usted ya sabía que yo estaba en camino, ¿no es así?

—Sí, sí. Pero quise presionar a ese negro orgulloso. ¡Qué demonios, a ver qué se ha creído! Pide contacto personal con *Baby* y se le concede, sin más. Si él piensa que…

—Bueno, bueno —rio la divina espía—… ¿Qué es lo que consiguió usted de él presionándole?

—Kobo Mabeko tiene unos informes, unos documentos que asegura son importantísimos. Unos documentos que, al parecer, fueron… confeccionados en el Ministerio del Interior de Southland por el propio presidente del país, Karl De Hoven.

—¿De qué tratan esos documentos?

—Eso no quiso decírmelo Mabeko. Le insistí, pedí echarles un vistazo, pero se negó en redondo, incluso cuando continué amenazándole con el hecho de que usted no vendría… Dijo que solamente los pondría en manos de la agente *Baby*. Y en mi opinión, antes se dejaría matar que cambiar de opinión.

—Muy bien —asintió *Baby*.

—Hemos… convenido una cita entre ustedes dos.

—*Okay*.

—No tan «*okay*» —farfulló Simón—… A mí no me gusta esto, francamente.

—¿Cree usted que puede ser una trampa contra mí? —Sonrió Brigitte Montfort—. Porque si es eso lo que piensa, le diré que a mí se me ha ocurrido también, naturalmente. Pero he desechado esa idea.

—¿Sí? ¿Por qué?

—Porque no veo qué tiene que ver la agente *Baby* con un país como Southland, desde el punto de vista del espionaje. En cambio, sí podría tener algo que ver desde un punto de vista… humano. Debemos pensar que Kobo Mabeko conoce mi postura racial. Es decir, antirracista. De un modo u otro, él se ha enterado de que *Baby* no tiene el menor prejuicio en ese sentido, y si, además, tiene informes sobre la… capacidad profesional de *Baby*, me ha elegido para que le ayude en algo.

—¿Relacionado con el problema racista de este país?

—Evidentemente.

—Bueno —movió la cabeza Simón—, usted ha obtenido unas conclusiones algo… simples, si me permite decirlo.

—No siempre vamos a ir por ahí complicándonos la vida, Simón. ¿Qué más se dice o se sabe sobre el asesinato de la muchacha, esa Isa Verkavaa?

—Nada nuevo. Fue violada, asesinada de cuatro balazos, y están buscando a Mabeko como autor de ambas cosas. Nosotros no hemos conseguido averiguar en qué se basan para acusarlo a él, ni por qué la chica y Mabeko estaban allí, junto al río…, si es que era Mabeko el que estuvo con ella, claro.

La espía internacional asintió con un gesto, y quedó de nuevo pensativa.

—¿Dónde y cuándo es la cita? —preguntó de pronto.

—Es ahora, y vamos hacia allá…, siempre y cuando usted acepte en esas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—Dentro de unos minutos abandonaremos la carretera hacia Nokobi, y tomaremos por una más estrecha… Una porquería. Si al llegar a determinado cruce, usted se apea, Kobo Mabeko entenderá que acepta la entrevista, y se dejará ver. Si usted no se apea de mi coche, él entenderá que ha preferido recurrir a otro procedimiento, en cuyo caso él me llamaría para concretar otra cita. Y supongo que es esto lo que usted va a hacer.

—No.

—¡Escuche, *Baby*, si la dejo en ese cruce de caminos, la pueden acribillar desde mil sitios a la vez…! ¡Es una insensatez aceptar eso!

Brigitte sonrió amablemente.

—Siempre he sido una insensata —dijo.

—Bueno, no he querido decir…

—Lo sé, Simón. Mire, por poco listo que sea Kobo Mabeko tiene que haber comprendido que la CIA no va a poner a *Baby* en un cruce de caminos sin más ni más, sin una protección adecuada. A él no le asusta la CIA, evidentemente, siempre y cuando yo haya aceptado el contacto. Por eso, si acude a la cita, sabrá que la CIA me estará protegiendo, y que nada le ocurrirá si él juega limpio. ¿Comprende?

—Sí, pero… Bueno…

—¿Pero…?

—Bueno, es que nosotros no hemos dispuesto ninguna vigilancia de protección en ese lugar, porque estábamos seguros de que usted querría hacer el contacto de otro modo.

—¡Santo cielo…! ¿De modo que me preparan una cita y no montan un sistema de protección en ese lugar?

—Estábamos convencidos de que usted querría hacerlo de otro modo. Mire, yo puedo arreglar un encuentro en condiciones mucho más tranquilizadoras para usted, así que…

—No. No, no, no… Vamos allá, echaré un vistazo mientras pasamos con el coche, y veremos qué decido.

—Pero…

—El tiempo es oro, Simón —sonrió la divina.

—Más oro es la vida —gruñó el espía.

La agente *Baby* se echó a reír, y eso fue todo.

Capítulo II

—Es una locura —musitó Simón, muy pálido.

Brigitte sonrió, agarró por el asa su maletín, abrió la portezuela, y se apeó. Le hizo una seña a Simón, y este, no poco remiso, reanudó la marcha, alejándose del cruce de caminos. Cuando el coche se perdió de vista, todo estaba en un silencio increíble. Había altos árboles de grandes hojas, matorrales, tierra amarillenta… Brigitte se acercó a los indicadores del cruce de caminos, y se dedicó apaciblemente a enterarse de las distancias a los diversos puntos indicados.

Su finísimo oído captó algo tras ella. Se volvió vivamente, llevando la mano derecha hacia el escote, como en un gesto casual natural.

No vio a nadie. En la distancia, el polvo levantado por el coche de Simón-Nokobi todavía se estaba posando, lentamente, en la polvorienta y estrecha carretera.

Volvió a oír un sonido parecido, y entonces su mirada fue directa, elevándose, hacia uno de los altos árboles de grandes hojas. No tenía ni idea de qué clase de árbol era, de cuál era su nombre… Pero sí sabía muy bien qué era lo que vio en una de las ramas bajas: un negro gigantesco, atlético, descolgándose ágilmente por entre el denso follaje.

El negro se colgó de la última rama, y se dejó caer al suelo con un gesto poderoso, elástico. Brigitte no se movió. Mientras él se acercaba, lo estuvo contemplando a sus anchas. Por supuesto, había ya identificado a Kobo Mabeko… Se veía, algo mayor que en las fotografías que ella había visto, facilitadas por Pitzer, pero idéntico en sus facciones, en su hermoso cuerpo, en sus cabellos rizadísimos, duros como alambres. Mabeko vestía pantalones y camisa oscura, y calzaba zapatillas deportivas. Impresionante.

Se detuvo a tres pasos de ella, sonriente, con un claro,

incontenible destello de admiración en sus negrísimos ojos.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿No sabe qué camino seguir, señorita?

Su inglés era perfecto, impecable, aunque con el lógico acento sudafricano. La espía sonrió como divertida.

—Algo de eso hay —admitió—... Estaba buscando cualquier indicación del camino hacia La Meca.

Kobo Mabeko se echó a reír.

—Está usted bastante lejos de La Meca. Pero no importa demasiado: ya se sabe que todos los caminos conducen a La Meca.

Brigitte asintió, y señaló hacia el altísimo árbol del cual se había descolgado el negro.

—¿Vive usted, ahí arriba?

—No —rio Mabeko—... Solo estaba vigilando, por si alguien no jugaba limpio. Uno nunca sabe lo que puede decidir la CIA, y qué clase de arreglos puede hacer con los gobiernos de otros países, de modo que quise tomar mis precauciones.

—¿Temía usted una trampa por mi parte?

—No, no —se puso serio Mabeko—... Por parte de usted, no. Pero no me fío de la CIA. Podían haberme dicho que sí, que iban a ponerme en contacto con usted, y luego venderme a Karl De Hoven. Así que antes de que amaneciese me vine aquí, me subí al árbol, y me dispuse a esperar. Si usted venía, bien. Si era una trampa, yo la vería desde arriba, y los... cazadores de negros me estarían esperando en vano. Cuando ellos se fuesen, comprendiendo que yo no iba ya a acudir a la cita, bajaría del árbol y me iría.

—Muy conveniente. ¿Se ha pasado más de doce horas ahí arriba?

—Se está bien. Solo hay que saber acomodarse... ¿Quiere que demos un pequeño paseo?

Señaló hacia los matorrales. Brigitte miró hacia allí, miró de nuevo al negro, y asintió. Sin decir nada, comenzó a caminar. Kobo Mabeko se puso a su lado, y caminaron en silencio hasta llegar a un lugar sombreado por otro de aquellos enormes árboles. El silencio era increíble..., salvo por el zumbido de algunos insectos, que precisamente contribuían a dar más consistencia al insólito silencio. Mabeko se sentó a la sombra, y se quedó mirando a la espía americana..., que le contemplaba fijamente.

El negro sonrió.

—Supongo que está pensando usted que en un sitio parecido a este asesiné a Isa Verkavaa —murmuró—… Bueno, la imagino al corriente de ese asunto, ¿no?

—¿Lo hizo usted?

—¿El qué?

—Violar y asesinar a Isa Verkavaa.

—Sí, lo hice. Aunque habría que matizar un poco la cuestión. Es cierto que la maté pero no que la violé. Digamos que ella ofreció de relativa buena gana su cuerpo a cambio de ganar algo que, indudablemente, valoró más alto.

—¿Los documentos que usted tiene?

Un destello de admiración pasó por los ojos de Mabeko.

—Así es. La señorita Verkavaa y yo nos conocíamos ya. Ella sabía que yo la… admiraba mucho, y que…

—¿La amaba usted? —murmuró Brigitte, sentándose, por fin.

Kobo Mabeko aspiró profundamente.

—Sí —susurró—… La amaba. Y ella lo sabía. Pero, claro está, jamás se lo dije. No me habría atrevido. Sin embargo, las mujeres saben captar esas cosas perfectamente.

—Así es —asintió *Baby*.

—Yo la amaba, y sabía que ella lo sabía, aunque jamás se lo hubiese dicho… Cuando escapé con los documentos, ella utilizó recursos indirectos para hacerme saber que estaba preocupada por mí. Me sorprendí… y al mismo tiempo, como usted comprenderá, sentí… una profunda alegría. ¿Sería posible? Me las arreglé para llamarla por teléfono a su casa de Nokobi, le dije que no se preocupase, que estaba bien. ¡Su voz era tan dulce…! Me dije que había valido la pena todo el riesgo corrido, y todos los que todavía me quedaban por correr a cambio de haber… destapado sus sentimientos hacia mí. Bueno, la llamé algunas veces, desde sitios distintos…

—Y finalmente, ella le dijo que quería verlo.

—Sí. Yo la cité junto al río Noboo, ella acudió… Pronto comprendí que algo no iba bien, me di cuenta de que ella insistía demasiado en hablar de los documentos que yo había… robado. Y comprendí también que no había venido sola, que debíamos de estar rodeados de soldados, o policías, o componentes de algún Cuerpo Especial. Por fortuna, y solo en beneficio de ella, yo había

tomado mis precauciones para llegar al lugar de la cita, y tenía bien preparada mi marcha de aquel lugar. No quería que nadie pudiese verla conmigo. Bueno, ¿qué más da todo eso? Ella dijo amarme, y en efecto, nos amamos… físicamente en aquel lugar. ¿Por qué no? Yo adoraba su blanco cuerpo, y lo tuve. Era lo que deseaba de ella…, no porque fuese blanca. Simplemente, la amaba. Y la tuve.

—No se torture más —murmuró Brigitte—. A fin de cuentas, ella quería de usted algo peor: su vida. Seguramente, en cuanto usted le hubiese entregado los documentos, o hubiese dicho dónde estaban, habría llamado a los soldados para que lo matasen.

—En efecto. ¿Cree que hice mal en matarla?

—No. Ella jugó y perdió. Que no hubiese jugado.

Kobo Mabeko asintió, siempre observando aquel hermosísimo rostro, los bellos y aún más inteligentes ojos azules que le observaban en profundidad, con suma atención.

—¿Confiaría usted en mí? —preguntó de pronto.

—No sé. Dígame qué quiere de mí, señor Mabeko, y veremos qué decisión tomo.

—Quiero entregarle unos documentos. Es… un informe sobre la situación de los ciudadanos negros de Southland, su influencia en el país, sus posibilidades de hacerse un día con el poder definitivo y real…, y un estudio sobre el modo de cometer el más grande genocidio de la historia de África.

—¿A qué se refiere?

—Karl De Hoven y sus… especialistas han planeado el modo de eliminar, en breve plazo, más de tres millones de personas de raza negra en este país.

Brigitte Montfort palideció.

—¿Está hablando en serio? —exclamó.

—Completamente en serio. No la he llamado a usted para decir tonterías. Mire, una cosa es que estén usando y abusando de los negros del país, y otra cosa es que, por temor a su creciente intervención en todas las facetas de la vida de Southland, hayan decidido eliminar a tres millones de personas. Contra lo primero se puede ir luchando con más o menos buena voluntad, aceptando pequeñas derrotas para encaminarnos hacia la victoria final. Contra lo segundo… no sé qué hacer. Cuando conseguí esos documentos, y los leí, creí que me iba a morir de angustia. En realidad, no quería

creerlo. Pero tenía los documentos en mis manos, los estudios para la puesta en práctica del genocidio, los detalles…

—Señor Mabeko: cualquiera puede haber escrito esos documentos, que muy bien podrían ser falsos, alguna extraña jugada…

—¿Eso piensa? Bueno, puedo mostrárselos, y verá usted la firma de Karl De Hoven en ellos. Usted puede disponer de excelentes expertos calígrafos, ¿no es así? Dispone de todos los medios imaginables para certificar la autenticidad o la falsedad de una firma, ¿no es cierto?

—Sin la menor duda.

—Muy bien. Yo pondré en sus manos esos documentos. Luego, haga usted lo que quiera para asegurarse de su autenticidad. Y finalmente, se lo ruego: ¡dígame qué podemos hacer para evitar ese genocidio!

Brigitte se pasó la lengua por los labios.

¿Podía ser cierto todo aquello? Era una brutalidad tal que no tenía más remedio que desconfiar, que dudar.

—Podía usted haber presentado esos documentos a otras personas, señor Mabeko. No solo de Southland, sino de otros países, de otros gobiernos. Incluso podía haberlos presentado en la ONU. ¿No pensó en ello?

—Sí, pensé.

—Pero me eligió a mí… ¿Por qué?

—En mi trabajo en el Ministerio del Interior tuve ocasión de leer algunos documentos relacionados con nuestro servicio de espionaje, que la mencionaban. Debido a ese mismo trabajo, tuve oportunidad de conocer a algunos agentes secretos de diversos países: rusos, británicos, alemanes, franceses…

Uno de los temas preferidos en sus conversaciones era siempre la agente *Baby* de la CIA. Yo obtuve mis conclusiones sobre usted partiendo de esas conversaciones.

—¿Qué conclusiones?

—Pensé que si los rusos, los alemanes, los británicos y otros hablaban de usted con admiración, y con evidente respeto, debía de ser por algo muy concreto. Reflexioné sobre esto, y de pronto, caí en la cuenta: lo que la distinguía a usted era que siempre que hacía algo no beneficiaba exclusivamente a la CIA, sino a quien estaba

necesitado de ayuda, a quienes estaban en peligro de ser maltratados de un modo u otro… ¿Le parece a usted censurable el planeamiento del asesinato de tres millones de negros?

—Quiero ver esos documentos.

—Ese es el problema.

—¿Qué quiere decir?

—No va a ser fácil conseguirlos. Al menos, no sería fácil para mí.

—¿No los tiene usted? ¿Dónde están?

—En mi apartamento de Nokobi. Los dejé allí cuando salí para ver el modo de entrevistarme con uno de los agentes de la CIA que conozco. Por suerte, los escondí bien, ya que cuando regresé, mi apartamento había sido invadido… Me di cuenta cuando llegaba con el coche, vi que algo ocurría por allí… Aparecieron muchos soldados, armas en mano, y me dieron el alto. Comprendí que se habían dado cuenta de que había robado los documentos…

—¿Los documentos, o fotografías de ellos?

—No, no… Los documentos originales.

—Ya. Bueno, ¿qué pasó cuando vio a los soldados?

—Escapé. Les eché el coche encima, los aparté de mi camino, y escapé. Me dispararon con subfusiles y fusiles, incluso algún oficial utilizó su pistola, pero conseguí escapar.

—Y los documentos siguen en su apartamento.

—Estoy convencido de que así es. Si los hubiesen encontrado, no habrían sacrificado la belleza inmaculada de Isa para conseguirlos. Deben de haber registrado el apartamento, pero no los han encontrado. Quizá no han buscado todo lo bien que debieran porque habrán pensado que no los tengo allí.

—Quizá —admitió Brigitte—. En cuyo caso, además de perseguirle a usted deben de haber molestado a muchos de sus amigos, señor Mabeko.

—Bueno, sí, a algunos. Pero nada grave. Y también han molestado a los de la Comisión, desde luego, pero solo yo sé…

—¿La Comisión? ¿A qué se refiere?

Kobo Mabeko se quedó mirándola fijamente. De pronto, parpadeó y sonrió.

—A ningún otro agente extranjero se lo diría. Pero sí a usted: hay en Southland un grupo de negros relevantes que están

dedicados al estudio de toda una serie de leyes y disposiciones sobre los derechos de la población negra en el país. Ese grupo de hombres de raza negra es llamado la Comisión. Todo esto se está llevando en el máximo secreto posible, pero espero que muy pronto la Comisión habrá terminado la redacción de la *Whiteblack Law*, a fin de presentarla al Gobierno.

—La Ley Blanquinegra —murmuró Brigitte, sonriendo—… Es muy interesante. ¿Saben algo de esto el presidente Karl De Hoven y sus hombres de gobierno?

—¡Naturalmente! ¡Pero si es por eso, por la inminencia de la presentación de la *Whiteblack Law* con sus exigencias de derechos para los negros, por lo que han preparado a toda prisa el genocidio…! ¡Claro que lo saben! Incluso han intentado… perturbar todo el proceso creador de la *Whiteblack Law*, por varios sistemas. Saben que esa ley será justa para los blancos y para los negros, y por eso han pasado a la contraofensiva, quieren anticiparse a la culminación de esa ley… ¡De ninguna manera están dispuestos a conceder igualdad de derechos a los negros con respecto a los blancos! Y el modo de evitarlo, el que se les ha ocurrido a Karl De Hoven y sus satélites, es la gran masacre en la población negra del país.

—¿Y cómo piensan llevar a cabo esa masacre? ¿Qué medios piensan utilizar, y cuándo?

Kobo Mabeko vaciló visiblemente, y la espía internacional frunció el ceño, aunque esforzándose en que su gesto fuese simpático.

—Bueno —murmuró el negro—… Usted sabe que siempre hay gente, en todas partes y en todas las razas, que solo busca su lucro personal… Quiero decir que, por ejemplo, si un blanco pudiese enriquecerse súbitamente quizá no vacilaría en ponerse del lado de los negros contra los blancos.

—Sí.

—Eso también pasa entre los negros —gruñó Mabeko—. Karl De Hoven sabe que hay algunos jefes negros de tres tribus que estarían dispuestos a apoyarle, a cambio de promesas… especiales.

—Ya. ¿Y cómo le apoyarían esos tres jefes de tribus?

—La idea de Karl De Hoven es ofrecer privilegios a cada uno de esos tres jefes negros a cambio de atacar a las demás tribus. Ya sabe

que aunque todos seamos negros hay diferentes tribus, diferentes grupos, y que existe una estúpida rivalidad entre todas esas tribus. Lo peor que se puede hacer en Southland es enfrentar a las diferentes tribus de negros unas contra otras. Y eso es lo que piensa hacer Karl De Hoven. Por separado y secretamente, ofrecerá armas y toda clase de facilidades a esos jefes de tres tribus. A cada uno de ellos le hará creer que ha sido el único elegido para distinguirlo con sus favores, pero lo que hará será proporcionar armas de fuego e incluso bacteriológicas a las tres tribus. En definitiva, lo que va a hacer es enfrentar a todos los grupos de raza negra proporcionándoles toda clase de armamento… La mortandad mínima estimada en ese enfrentamiento en cadena es de tres millones de negros entre todos los grupos, sexos y edades. Después de esto, la raza negra de Southland quedaría a merced de la minoría blanca durante más de un siglo.

Mabeko ya no dijo nada más.

Sentada frente a él, Brigitte Montfort lo observaba atentamente, muy pálida ahora, en silencio. La espía abrió su maletín, sacó cigarrillos, y ofreció a Mabeko. Ya fumando ambos, todavía permanecieron un par de minutos en silencio.

Era un hermoso día cálido y seco…

—Señor Mabeko —murmuró *Baby*—: si usted me está engañando no sobrevivirá a todo este asunto. Puede que yo muera en una trampa, pero usted sería descuartizado muy pronto. ¿Lo sabe?

—Sus palabras no me impresionan, porque no la estoy engañando.

—De acuerdo. Supongo que hay dificultades para recuperar esos informes de su apartamento en Nokobi.

—Naturalmente. El apartamento está estrechamente vigilado. Pensé en reunir un grupo de amigos y atacar de frente, ocurriese lo que ocurriese, pero llegué a la conclusión de que tenía muy pocas probabilidades de recuperar el informe, y muchas de que muriesen todos mis amigos, de modo que desistí. Confío en usted.

—Bueno —sonrió Brigitte—, yo no soy invisible, señor Mabeko.

—Es evidente —sonrió también el negro—. Pero sí tengo entendido que es usted infalible. Oh, vamos, sé que no estoy hablando con una mujer corriente, o más o menos lista, sino con

una espía que lleva muchos años consiguiendo todo cuanto se ha propuesto. Admito que es usted encantadora, muy dulce, que parece inofensiva…, pero si usted es la agente *Baby* yo no puedo dejarme engañar por las apariencias. Nadie que haya hecho lo que usted ha hecho hasta ahora puede fallar en lo que le pido. Y resulta que lo que ha hecho usted hasta ahora nadie más lo ha hecho.

—Su fe en mí es conmovedora. Y para ser sincera, me ha convencido, creo que todo cuanto ha dicho es cierto. Sin embargo, como usted bien ha dicho, son muchos años de espionaje, así que perdóneme si me reservo un margen de duda. ¿Lo comprende?

—Sí.

—Por lo tanto, haremos las cosas a mi manera. Estoy dispuesta a jugarme la vida para conseguir ese informe, y una vez leído enviarlo al Consejo de Seguridad de la Naciones Unidas… mientras yo me dedicaría a darle una lección al señor De Hoven y sus amigos. Asimismo, me encuentro dispuesta a ayudar en lo que sea a la Comisión con el fin de que esa maravillosa y justa *Whiteblack Law* sea puesta en marcha. ¿Está usted también dispuesto a jugarse la vida, señor Mabeko?

—Ya lo estoy haciendo, ¿no?

—Muy bien. Le diré lo que vamos a hacer… Yo voy a llamar ahora a mi compañero de la CIA, que está esperando con el coche no demasiado lejos de aquí. Cuando él venga, usted y yo subiremos al coche y usted se constituirá en prisionero nuestro: se dejará desarmar, atar, y manejar a nuestro antojo. Me dirá entonces dónde está su apartamento de Nokobi, y yo iré allá a por esos informes, cuyo escondite, como es lógico, también me dirá usted. Si yo consigo esos documentos, o, aunque no los consiga, no observo trampa por parte de usted, usted seguirá viviendo, aunque yo muera, pues esas serán mis instrucciones a mis compañeros. Pero si todo lo que yo puedo hacer cuando vaya a su apartamento es una llamada a mis compañeros diciéndoles que todo era una trampa… Bien, señor Mabeko, si eso sucede, yo preferiría estar muerta que en manos de la CIA. ¿Lo entiende bien?

—Sí. Pero usted puede confundirse… Ya sabemos que hay vigilancia en torno a mi apartamento, no se lo he ocultado. Si la matan o la capturan… ¿cómo sabría usted que yo no tenía la culpa, que simplemente el fracaso de usted se debía a la vigilancia de los

soldados de Karl De Hoven, o su servicio secreto, o sus asesinos…?

—Es un riesgo que tiene usted que correr —sonrió la espía más peligrosa del mundo—. Puede aceptar o rechazar mi propuesta.

Kobo Mabeko aspiró profundamente.

—Acepto —murmuró.

La azul mirada de Brigitte parecía llegar a lo más recóndito del cerebro de Kobo Mabeko. Pero de pronto, volvió a sonreír.

—Tranquilícese —dijo—. Le aseguro que yo sabré perfectamente si me enfrento a una vigilancia directa y normal o se trata de una trampa contra mí exclusivamente.

—Bueno, ¿por qué preocuparme tanto? —rio también de pronto el hermoso negro—. ¡Yo sé que usted conseguirá esos informes y que escapará de mi apartamento!

Baby asintió, tomó la radio de bolsillo de su maletín, y apretó el botoncito de llamada.

—¿Sí? —Casi gritó Simón-Nokobi.

—Acuda a recogernos al cruce, Simón: entramos en el juego.

Capítulo III

Hacía un par de horas que había anochecido cuando apareció la anciana negra caminando despaciosamente por Manners Street. La zona era agradable, con hermosos edificios blancos y ocres en los que había terrazas con flores; casi no se veían gentes de raza blanca…, salvo el gran vehículo militar, cerrado, en cuyo interior, sin la menor duda, debía de haber una buena cantidad de soldados.

Pero, en cierto modo, los soldados no eran peligrosos, pues suelen dar la cara, operan abiertamente. Incluso, se dejan ver, como ocurría con las tres parejas que vio paseando por las inmediaciones del edificio que ostentaba el número doscientos veinte, de categoría quizás un tanto superior a los de la mayor parte de la zona.

Así pues, de momento, la anciana podía contabilizar tres parejas de soldados, armados de subfusiles, y todos cuantos pudiesen caber en el vehículo militar cerrado. Ya no más uniformes. Todo lo demás podía entrañar peligro indirecto, solapado: el peor. Los escasos hombres de raza blanca que pasaban por allí podían ser enemigos, pero esos también podían ser cuando menos fácilmente identificados y localizados. El mayor peligro estaba en los negros: cualquiera de ellos podía estar vendido al poder blanco, al dinero blanco, ciertamente. Cualquier negro de aspecto inofensivo podía ser el cepo que se cerraría sobre la persona que se atreviese a entrar en el edificio número doscientos veinte. Y podía haber diez, o cien. Podían salir de cualquier parte y en cualquier momento…

Muy bien. La pregunta era: ¿alguien se iba a preocupar por la presencia de una anciana negra de blancos cabellos, encorvada, que caminaba con dificultad apoyándose en un bastón?

Pronto se sabría, porque la anciana cruzó la calzada, subió a la otra acera, y fue directa al vestíbulo del edificio. Nada ocurrió. Por medio del cristal de la puerta que cerraba el vestíbulo, la anciana podía observar la calle. Ninguna novedad. Dos de los soldados

seguían su paseo, mirándola sin interés ninguno, el vehículo militar seguía cerrado. Nadie se acercaba, nadie sentía interés por ella.

Entró en el edificio, cerró tras ella mirando ahora directamente a la calle, y luego se dirigió hacia las escaleras. No había ascensor. Con paso cansino, lento, haciendo ruido con la punta del bastón en el suelo, y tosiendo cada pocos escalones, la anciana negra fue subiendo, lentamente.

No ocurría nada. Silencio.

Tardó casi cuatro minutos en llegar al tercer piso. Apareció respirando ahogadamente en el descansillo, y miró a derecha e izquierda.

Nada. Nadie.

La anciana dedicó unos segundos a intentar recuperar el ritmo de la respiración, mientras entre sus arrugados párpados, los negros ojos se movían velozmente mirando a todos lados. Cuando reanudó la marcha, ya no golpeó el suelo con el bastón, sino que tuvo buen cuidado de no hacer el menor ruido. Ni siquiera tosía ya. Llegó ante la puerta marcada con la letra C, se detuvo allí como para descansar de nuevo, y sus ojos volvieron a girar en todas direcciones. Luego, tranquilizada, la anciana abrió el gran bolso negro que llevaba colgado en un brazo, metió una mano dentro, rebuscó, y la retiró provista de un llavín.

Nueva mirada a todas partes, recelosa.

Acto seguido, la anciana introdujo el llavín en la cerradura, hizo girar esta, empujó la puerta…

—¡No se mueva! —Sonó la orden, en inglés, a su espalda.

La anciana dio un gritito de sobresalto, se estremeció fuertemente, y, pese a la orden recibida, se volvió. Sus ojos, muy abiertos ahora y expresando espanto, se fijaron en los dos hombres blancos que se acercaban a ella cruzando el descansillo, apuntándola con sendas pistolas. Tras ellos, la puerta de otro apartamento estaba abierta ahora, y en el umbral se veía a otros dos hombres, uno de ellos negro, empuñando asimismo sus armas. Nada de uniformes.

—Deje caer el bolso y colóquese de cara a la pared —ordenó el hombre más adelantado.

La anciana comenzó a gemir y a suplicar, a tartamudear palabras que los blancos no parecieron entender. En el umbral de la

puerta del otro apartamento, el otro negro frunció el ceño, sin entender tampoco la jerga de la anciana.

Con gestos rápidos, uno de los dos hombres que se habían acercado a la anciana la cacheó rápidamente, deslizando las manos sin miramientos ni consideraciones por el encorvado cuerpo, palpando bajo la gruesa tela de color castaño oscuro del vestido que casi llegaba a los pies…

—Mira el bolso, hombre —refunfuñó el otro, siempre en inglés —… ¿Qué demonios esperas encontrar en esta pobre vieja?

—Nunca se sabe.

Pero, efectivamente, no parecía que la anciana llevase armas encima. Lo único sorprendente, a juicio del hombre que la registró, era que su cuerpo, bajo la gruesa tela, era más rotundo y sólido de lo que parecía a simple vista; quizás era debido a la faja, o a las gruesas ropas…

Agarró el bolso grande y negro, lo abrió, y miró su interior. Había un libro en inglés, pañuelos, un paquete de cigarros, cerillas, unos lentes, unas pequeñas tijeras, una radio a transistores fabricada en Estados Unidos, una bolsita con bombones de chocolate… El hombre se quedó con el bolso colgando del brazo derecho, la pistola en esta mano, y el libro en la izquierda.

Miró a la anciana.

—¿Hablas inglés? —preguntó, moviendo el libro. La anciana asintió, tartamudeando.

Estaba aterrada, era evidente. No se le entendía una sola palabra, pero sí que pretendía hablar en inglés.

—Deja de gimotear —gruñó el hombre—, o te voy a partir los dientes a golpes. ¿Lo entiendes?

La anciana enmudeció. Sus ojos negros estaban desorbitados por el miedo, y parecían saltar de uno a otro hombre, y luego hacia los dos que permanecían en el umbral del otro apartamento. El que no tenía su bolso preguntó:

—¿Quién te ha dado esa llave? —señaló hacia la puerta C abierta—. ¿Kobo Mabeko?

La anciana comenzó a lloriquear de nuevo. El del bolso, tras un gruñido metió el libro en el bolso, se acercó a ella, la asió rudamente por la ropa del pecho, y la incrustó contra la pared con violencia a todas luces innecesaria con una anciana.

—¿Ha sido él? —gritó ahogadamente—. ¿Ha sido Mabeko?

—No, no, no… —sollozó la anciana.

—¿No? ¿Quién ha sido, entonces? ¿De dónde la has sacado, qué has venido a buscar aquí, quién eres?

El otro señaló hacia el interior del apartamento C.

—Será mejor que entremos ahí. Enciende la luz.

El del bolso la separó de la pared, siempre rudamente, y la empujó hacia el interior del apartamento. El otro los siguió, tras hacer una seña a los del apartamento de enfrente. Cerró tras ellos, y se volvió a mirar fríamente a la anciana.

—A ver cuántos dientes te quedan —ordenó.

La anciana abrió la boca, y los dos hombres se quedaron pasmados al ver la blanca dentadura, perfecta, sanísima, preciosa.

—La madre que la parió… —masculló el del bolso.

—No seas tonto —rio el otro—. ¿No comprendes que esa dentadura es postiza? Pero de calidad. O sea que la vieja tiene dinero… No debe de ser una muerta de hambre… porque Mabeko tiene que estar relacionado con ella. Su madre no es, desde luego. Pero puede ser su tía, su abuela, una pariente cualquiera… ¿Conoces a Mabeko?

—No, no…

—Vas a conseguir que te pateemos —amenazó el del bolso—. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que te saquemos las tripas por la boca a patadas, negra asquerosa?

La anciana retrocedió. Los dos hombres fueron tras ella, mirándola con una expresión siniestramente divertida.

—Mira, del primer puntapié te voy a agrandar el pestilente agujero, ¿lo entiendes? Y luego te…

—¡No, no! ¡Ha sido él, ha sido él!

—¡Bien! ¿Kobo Mabeko te ha dado la llave?

—¡Sí, sí, sí!

—¿Para qué? ¿Qué has venido a buscar aquí?

De nuevo miraba la anciana de uno a otro, aterrada. Se resistía, pero un gesto del tipo del bolso echando un pie hacia atrás la hizo respingar, y comenzó a chillar:

—¡Para recoger una cosa, tengo que recoger una cosa aquí!

—¿Qué cosa?

—Unos… unos papeles… ¡Unos papeles!

—¿Qué papeles?

—No… no sé… ¡Solo me dijo dónde están, tengo que llevárselos! ¡Él dijo que no me pasaría nada, que podría…!

—¡Cállate! —Los dos hombres cambiaron una mirada como de triunfo anticipado y de desconcierto a la vez—. ¿Dónde están esos papeles?

—Esta asquerosa está mintiendo —dijo el otro—. Hemos registrado el apartamento cien veces, y no hay en él nada que valga la pena.

—¿Dónde están esos papeles? —insistió el otro.

—Están… detrás de un cuadro…

—Mentira. Hemos mirado en todas partes, y no hay nada detrás de ningún cuadro.

—Él… él me dijo… Kobo me dijo que están detrás de un cuadro…

—¿Qué cuadro? ¿Lo sabes?

—Sí, sí… Es uno que hay en la sala… Kobo me dijo que es el del paisaje africano en el que se ve un río, y… y hay un árbol cerca del río, y desde una rama, un mono está… está mirando el río…

De nuevo cambiaron una rápida mirada los dos hombres. Recordaban perfectamente el cuadro, que, en efecto, estaba en la sala. Fueron rápidamente hacia allá, empujando por delante a la anciana negra, que seguramente habría rodado por el suelo si no se hubiese ayudado con el bastón.

El del bolso encendió la luz de la sala, tiró el bolso a un lado, y fue presurosamente hacia uno de los cuadros, el que la anciana había descrito. Lo descolgó, le dio la vuelta, miró luego la pared, tanteó esta… Volvió a mirar a la anciana, con tan clara amenaza que ella tartamudeó a toda prisa:

—¡Es-está d-d-dentro del cu-cuadro…!

—¿Dentro? ¿Qué demonios…?

De pronto, lanzó una exclamación, y se quedó mirando el cuadro. Lo alzó, y estrelló el marco verticalmente contra el brazo de un sillón; la madera crujió, se partió. El hombre arrancó la tela…, es decir, la doble tela. Había la que correspondía a la pintura, y luego otra, más nueva, que solo se veía, lógicamente, por la parte de atrás. Se podía pensar que la tela que se veía era la de la pintura, pero no era así. Eran dos telas. Y al separarlas, unos cuantos papeles

crujieron y cayeron al suelo.

La exclamación fue simultánea en los dos hombres. Cuando se miraron, estaban verdaderamente furiosos.

—¡Debimos pensar en algo así cuando vimos que Mabeko tenía aquí telas y pinturas, y que este cuadro lo había pintado él…! ¡Hemos estado haciendo el idiota como…!

—Cálmate. Al fin y al cabo ya tenemos lo que queríamos, ¿no? Venga, recoge esos documentos, y ya podemos marcharnos de aquí. Entregaremos los documentos… Y la anciana nos dirá dónde está escondido Kobo Mabeko. ¿Verdad, vieja?

—Yo no lo sé… No sé dónde está, pero él me llamará por teléfono… ¡No sé dónde está!

—Ya veremos eso, negra apestosa. Bueno, parece que no ha sido perder el tiempo vigilar aquí, después de todo. Aunque no esperábamos precisamente un éxito tan grande… Camina. Te vamos a llevar a un sitio donde ya verás cómo recuperas la memoria. ¡Camina, basura!

El del bolso había recogido los documentos, y rio cuando su compañero lanzó un puntapié hacia las nalgas de la anciana…

Su risa quedó congelada en los labios.

En primer lugar, el pie de su compañero no llegó a las nalgas de la anciana, porque esta se apartó, con una agilidad y un gesto tan elegante y natural que resultaba increíblemente bello. Y mientras se apartaba girando sobre un pie, el otro salía disparado hacia el hombre que había querido patearla a ella.

El pie, fuertemente calzado, se incrustó en los genitales del hombre que emitió un bramido ahogado, y cayó hacia delante, lívido, desencajado el rostro.

La tardía reacción del que había recogido los documentos fue llevar la mano de nuevo en busca de la pistola que había guardado antes… Sí, fue una reacción en verdad tardía. Su mano estaba justo ante el pecho cuando la anciana dio un par de velocísimos pasos hacia él, colocando horizontalmente el bastón…, del cual salió, con seco chasquido, la delgada y rutilante hoja de acero afiladísima. El hombre del bolso palideció, abrió la boca… En ese mismo instante, la punta del estilete se hundía en su mano derecha, clavándola contra el pecho, donde se hundió también, con tremenda fuerza, y atravesó el corazón.

El hombre mostró el blanco de los ojos, su boca terminó de abrirse, desencajada, y una súbita palidez apareció en sus facciones. La anciana soltó el bastón, y el hombre se lo llevó hacia atrás; cayó sentado de lado en el sillón, rebotó, y rodó por el suelo, quedando de costado, desorbitados los blancos ojos.

La anciana negra se volvió vivamente hacia el otro sujeto, que yacía de bruces y encogido, sin sentido, tan pálido y desencajado el rostro como el de su compañero muerto.

—Pura chusma —dijo la anciana—… Desde luego, no tienen de espías ni las uñas. ¡Oh, Dios mío, me estoy ahogando…!

Se quitó rápidamente la blanca peluca, y luego el vestido, bajo el cual llevaba otro, más ligero, más adecuado al clima, y mucho más bonito y elegante, de un precioso tono azul claro. Pero también se quitó este vestido, y enseguida, la fuerte faja de tela que apretaba sus pechos, que los aplastaba; parecieron saltar cuando retiró la faja y Brigitte Montfort se pasó las manos por ellos, suspirando de alivio.

—Algún día, los maltrataré tanto con estas cosas que se me quedarán como rotos…

Se desnudó completamente, sacó del bolso uno de los pañuelos, lo empapo cuidadosamente con la colonia contenida en una botellita a la que sus enemigos no habían hecho caso, y lo restregó por sus facciones. Las arrugas desaparecieron rápidamente, pero el tono negro de la piel persistió. En menos de un minuto, la anciana se había convertido en una esbelta, hermosísima negra de largos cabellos. Se puso el vestido azul, recogió sus cosas, metió los documentos en el bolso, y se acercó al hombre muerto. Retiró el estoque del pecho, y lo limpió en la ropa del hombre, moviendo la cabeza.

—Me parece que ya no romperás los dientes a ninguna «negra asquerosa»…

Metió el estoque dentro del bastón, y con este en la diestra y el bolso en la izquierda, se acercó al otro sujeto, que continuaba sin sentido. Recogió la pistola, que había quedado cerca de la cabeza del hombre, y se dirigió hacia la puerta, tranquilamente. Se pasó el bastón a la izquierda, y se quedó con la pistola en la derecha. Con dos dedos, movió el pomo de la puerta, abrió, y salió al pasillo, tras cerciorarse de que la puerta de enfrente estaba cerrada.

Retiró la llave de Kobo Mabeko, la guardó, cruzó el pasillo, y llamó a la otra puerta. Apenas tres o cuatro segundos más tarde, la puerta se abrió, y el negro apareció, diciendo:

—Ya hemos llamado a…

Su cabeza crujió bajo el impacto de la pistola, y el negro cayó hacia atrás, todavía con los ojos desorbitados por la sorpresa experimentada. El otro hombre, que acudía hacia la puerta, se detuvo en seco al ver la pistola que le apuntaba firmísimamente al centro del pecho. Su rostro quedó en verdad blanco.

—No me importa a quién hayan llamado —dijo amablemente la hermosa joven negra—, pero sí me importa que lleve usted un mensaje a Karl De Hoven. ¿Puede hacerlo?

El hombre tragó saliva, miró la pistola, miró de nuevo a la negra, y asintió con la cabeza.

—Dígale a De Hoven que el informe lo tiene ahora Mabua Luna, es decir, yo, y que le sugiero que permanezca quieto y sosegado hasta que yo me ponga en contacto con él, seguramente mañana. Cualquier iniciativa que el señor De Hoven tome sin haber hablado conmigo se convertirá en un desastre para él y sus planes. En cambio, si espera mi contacto es muy posible que las cosas puedan hacerse aún mejor de lo que él ha planeado. ¿Lo ha entendido bien?

—Sí… Sí.

—Vuélvase de espaldas y ponga sus manos en las caderas.

El hombre obedeció, vacilante, asustado. Sabía lo que iba a ocurrir, y en su interior se rebelaba contra la idea de recibir un golpe en la cabeza por detrás. ¡Y de manos de una maldita negra…! No iba a permitirlo. En cuanto oyera los pasos de ella acercándose, y supiera que estaba lo bastante cerca para contraatacar, él iba a…

Su oído no era muy fino, ciertamente, porque mientras él pensaba, Mabua Luna ya estaba tras él. Y cuando recibió el golpe que llenó de luces su cabeza, todo lo que pudo hacer fue caer hacia delante, sumergiéndose en la oscuridad que siguió al millón de luces de todos los colores.

Un minuto más tarde, Mabua Luna salía del edificio, con caminar airoso pese a que llevaba bajo las faldas el bastón-estoque. Apenas había dado unos pasos cuando una de las parejas de soldados apareció, caminando hacia ella. Los labios de Mabua Luna se apretaron, su mirada se endureció…

—Negra —dijo uno de los soldados, plantándose ante ella—, ¡te mataría a mordiscos en la cama!

Mabua Luna frunció el ceño, esquivó al soldado, pasó junto al otro, y continuó alejándose. Más allá, otra pareja de soldados estaban mirándola.

El vehículo militar seguía igual… Y tras Mabua Luna, el soldado que tenía aficiones mordedoras movió la cabeza, chascó la lengua, y miró a su compañero.

—¿Qué te parece la negra?

—Si todas fuesen como ella, yo me pasaba a su bando —rio el otro.

—Toma, y yo. La lástima es que como esa hay pocas… ¿Viste a la vieja que entró antes?

—¡Puftg! —Pareció escupir el otro.

—Bueno, sigamos. Tenemos que seguir la ronda, aunque no creo que ese maldito Mabeko se atreva a aparecer por aquí…

Capítulo IV

Kobo Mabeko contemplaba todavía estupefacto a la hermosa muchacha negra que tenía ante él. Por supuesto que no estaba soñando, ya que la negra tenía la voz de *Baby*, le había puesto en las manos el informe de Karl De Hoven, y hablaba con una coherencia total sobre el asunto, explicando lo sucedido en su apartamento.

Cuando la negra terminó de hablar, Mabeko murmuró:

—Pero… ¿así de fácil ha sido todo?

—Las cosas sencillas son siempre las más fáciles, ¿no le parece? —sonrió Mabua Luna.

—Sí, pero…

—Mire, señor Mabeko, toda la manzana está rodeada, hay soldados a pie y en vehículos, había hombres en el apartamento de enfrente al suyo, y sin duda había también hombres por los patios interiores de la manzana. Cualquier plan, por muy bien elaborado y por muy audaz que fuese habría resultado muy difícil y costoso en vidas. ¿Sabe dónde menos teme el enemigo ser atacado?

—¿Dónde?

—Pues en sus posiciones más sólidas. La mayor de las locuras habría sido intentar llegar allá sin ser vista. Estoy segura de que no lo habría conseguido. Sin embargo, el ataque frontal ni siquiera fue tenido en cuenta. Y así les ha ido.

Kobo Mabeko asintió, por reaccionar de alguna manera. Estaba en un apartamento, domicilio de uno de los agentes de la CIA en Nakobi; había permanecido allí todo el tiempo, custodiado por el ocupante del apartamento, al que ya conocía de antes, y por otros dos, además del que los había recogido a él y a *Baby* en el cruce de caminos después de su conversación. En cuanto *Baby* apareció, Kobo Mabeko fue liberado de sus ligaduras, y aquí no ha pasado

nada.

—Bueno, esto es fantástico. —Mabeko se echó a reír, blandiendo los documentos—… ¡Lo ha conseguido, realmente! Por cierto, ¿los ha leído?

—¿Usted qué cree? —sonrió la negra.

—Supongo que sí, claro. Y hasta debe de haber obtenido copias fotográficas… ¿O no?

—Por supuesto que sí. Bien, señor Mabeko, ya tiene los documentos. ¿Qué hacemos ahora?

Kobo se quedó mirándola estupefacto.

—¿Que qué hacemos? —exclamó—. ¡Estoy esperando que sea usted quien me diga el mejor modo de utilizar estos informes!

—De acuerdo —murmuró *Baby*—… Si hubiese dicho cualquier otra cosa, nuestras relaciones habrían empeorado súbitamente. Quedamos, pues, en que yo decido qué hacemos.

—¡Por eso recurrí a usted! Oiga, ¿por qué no se quita ya el tinte negro…? ¡Me está poniendo nervioso ver a una negra con los ojos azules!

—No es un tinte: en estos momentos, y todavía, durante tres o cuatro horas más, soy auténticamente negra de piel, señor Mabeko.

—No comprendo… ¿Qué quiere decir?

—Siempre viajo con una… sustancia inventada por un viejo y querido amigo de la CIA a la que pusimos el nombre de *Blackcolor*. Esa sustancia se inyecta bajo la piel, y muy pronto la persona inyectada tiene la piel negra. Según la dosis, la pigmentación negra puede durar desde unos minutos a veinticuatro horas.

—Está bromeando —sonrió Mabeko.

—No.

El negro parpadeó. Estuvo unos segundos mirando la negra y lustrosa piel de la espía internacional. Volvió a sonreír.

—¿Y por qué no le dice a su amigo que invente algo parecido pero al revés, que sirva para que la piel de los negros se torne blanca?

—Dígame: ¿para qué quiere usted ser blanco?

—Yo no quiero ser blanco —gruñó Mabeko—… ¡Yo me conformaría con que respetasen mis derechos de ser humano, negro o no negro!

—A eso vamos —asintió Mabua Luna—: quiero echar un vistazo

a todos los artículos, secciones y leyes totales que se piensan proponer en la *Whiteblack Law*.

—Magnífico —sonrió Mabeko—… ¡Pues vamos a por ello!

—No me ha entendido —casi rio Mabua—: espero de usted que me consiga esa parte del asunto.

—Ahora sí que está usted bromeando —torció el gesto el negro —. ¿Cómo podría yo conseguirle semejante cosa?

—¿Acaso no es usted amigo de los componentes de la Comisión?

—Bueno… Mire, yo no soy nada ni nadie en este asunto de las leyes, y en cuanto a usted, quítese de la cabeza que la Comisión va a permitirle examinar esas leyes antes de su publicación oficial. De ninguna manera confiarán en una agente americana.

—Entiendo eso —admitió *Baby*—, pero usted es amigo de ellos, se está jugando la vida…

—Olvídelo, de veras. La Comisión me trata amistosamente, como a un amigo fiel, en efecto… Pero en el fondo, por el simple hecho de que yo estaba trabajando junto a blancos en el Ministerio del Interior, cosa que casi nadie consigue entre mi raza, estoy bastante mal visto. Dicen que soy considerado amigo, naturalmente, pero mucho me temo que no confían en mí.

—Vaya… Es un contratiempo, porque lo cierto es que yo no pienso desistir de leer el conjunto de disposiciones de la *Whiteblack Law*, señor Mabeko.

—Ah, estoy seguro de que lo conseguirá —encogió los hombros el negro—… Pero no será gracias a mi ayuda. No confiarán en mí.

—¿Podría, al menos, ponerme en contacto con alguien de la Comisión?

—Eso sí, naturalmente.

—¿Conocen los de la Comisión los propósitos de Karl De Hoven, es decir, el contenido de este informe?

—No. Bueno, yo llamé a un par de los miembros de la Comisión, y les sugerí algo al respecto. No les dije claramente qué está tramando De Koven, pero les advertí de que las cosas se estaban poniendo muy mal. Me preguntaron qué clase de pruebas tenía, y cuando dije que disponía de unos documentos se mostraron encantados, y dispuestos a leerlos, a examinarlos adecuadamente. Les dije que no los tenía, que no podía disponer de ellos por el momento…

—Y le dijeron que los volviese a llamar cuando dispusiera de los documentos.

—Sí —gruñó Mabeko—… Eso me dijeron exactamente.

—Bueno, pues llámelos, dígales que ya ha recuperado el informe de Karl De Hoven, y que estamos dispuestos a ponerlo a su disposición… visual a cambio de que ellos hagan lo mismo con los textos de la *Whiteblack Law*.

Kobo Mabeko soltó un bufido.

—No aceptarán. Dirán que esto es algo así como un chantaje o una coacción…

—Lo es —rio Mabua Luna—. Dice un refrán que el que algo quiere, algo le cuesta. Llame a uno de esos señores, y dígale que si no acepta negociar con usted y conmigo, el asunto pasará directamente a manos de la CIA, con todas sus consecuencias.

—¡No puede usted hacer eso!

—No. Pero puedo decir que lo haré.

Se quedaron mirándose, y, de pronto, Kobo Mabeko rompió a reír, señalando el teléfono.

—¿Puedo llamar desde aquí mismo?

—Por supuesto. No hay miedo de que localicen el teléfono, y cosas de esas que salen en las películas de espías. A fin de cuentas yo no estoy tratando con espías, sino con hombres… de leyes. Llame. Me parece que han llamado a la puerta, Simón.

—Sí —asintió el inquilino del apartamento, caminando ya hacia la salida del saloncito.

Mabua Luna señaló el teléfono a Mabeko, que comenzó a marcar el número. Apenas había comenzado a hablar, reapareció Simón, con otro agente de la CIA que hasta entonces no había intervenido. Este Simón llevaba un portafolios, y al verlo *Baby* se puso en pie y fue hacia él.

—¿Es lo que pedí?

—Sí.

—Espléndido. Vamos a echarle un vistazo a todo este material. Usted quédese con Mabeko, Simón, por si necesita algo.

—*Okay*.

Baby hizo una seña a Simón-Nokobi, que se apresuró a reunirse con ella y con el recién llegado agente de la CIA. Fueron a un dormitorio, y *Baby* se sentó en el borde de la cama. El recién

llegado lo hizo frente a ella, y comenzó a sacar fotografías, folios mecanografiados, recortes de periódicos…

La negra estuvo examinando todo aquello con suma atención en silencio, empezando por las fotografías y los recortes de periódicos que también contenían fotografías. En ellas aparecía Karl De Hoven, prácticamente en todas. En las que no aparecía él aparecía su familia. Karl De Hoven debía de tener alrededor de cuarenta años, era alto y rubio, atractivo, con un gesto orgulloso, casi insolente, en sus correctas facciones: ojos claros, barbilla sólida, boca firme… Era el hombre seguro de sí mismo, el triunfador implacable.

Tenía una hermosa familia. Su esposa también era rubia, seis o siete años más joven que él, muy bonita, elegante, risueña. Del matrimonio habían nacido dos hijos, un varón y una hembra; esta debía de tener catorce años, y el muchacho once o doce. Hermosos en verdad, ambos rubios, de ojos claros, piel blanquísima. Aparecían en el jardín de una gran villa con mucho césped y altos árboles, o saliendo de una escuela, o paseando en bicicleta…

Brigitte dejó a un lado las fotografías, y se dedicó a leer los informes, sin prisas, siempre en silencio. Kobo Mabeko apareció en la puerta del dormitorio, y fue a decir algo, pero se calló al captar el gesto de Simón-Nokobi, y se dispuso a esperar.

Por fin, la espía terminó la lectura de los folios mecanografiados, y miro al agente de la CIA que lo había traído todo.

—Buen trabajo, Simón.

—No tiene demasiada importancia —sonrió el espía—: casi todo es material de nuestro archivo. Lo único que está al día es el informe, que lo he hecho hace un rato ordenando todos los datos. ¿Es satisfactorio para usted?

—Por completo… ¿Sí, señor Mabeko?

—Tengo al teléfono a uno de la Comisión. ¿Le va bien a usted una entrevista mañana por la mañana, a las once?

—Sí. Pero… ¿no podría ser esta noche, ahora?

—No creo. Mi comunicante tiene que llamar a otros, ponerse de acuerdo… No creo, pero si quiere que lo pregunte…

—Es igual… Bueno, no creo que venga de unas horas. Además, así podré dormir, y descansar del viaje.

Kobo Mabeko parpadeó.

—Lo siento —murmuró—… Es cierto que desde que llegó no ha

descansado, pese a que había hecho un largo viaje. Debí pensar en ello.

—No se preocupe; estoy acostumbrada a este tipo de actividad, que por otra parte me conviene, pues estoy segura de que el día que me retire me pondré gorda como un hipopótamo.

—No creo que eso ocurra jamás… Ni lo de ponerse gorda, ni lo de su retirada.

—Algún día tendré que hacerlo… ¡Lo de retirarme, no lo de ponerme gorda! —Todos rieron—. Bien, señor Mabeko, vaya a aceptar la cita y sea tan amable de esperarme en la sala, por favor.

—¿Significa eso que no debo escuchar lo que ustedes hablan aquí?

—Exactamente.

—¿Todavía no confía en mí… usted tampoco?

—Confío en usted. Pero no quiero que sepa lo que estoy tramando cuando mañana vayamos a ver a los de la Comisión. De veras, no es por desconfianza en su sinceridad, sino en su… capacidad de hermetismo.

—No lo entiendo muy bien, pero supongo que me lo explicará en el momento oportuno. Hasta luego.

Mabeko salió, y tras unos segundos de silencio, Mabua Luna esparció por la cama las fotografías, tomó los folios mecanografiados, y miró a los dos hombres de la CIA que la contemplaban expectantes.

—Muy bien —murmuró—: según este informe sobre…

Capítulo V

A las once de la mañana siguiente, el coche de Simón-Nokobi conducido por Kobo Mabeko, se detenía en el lugar de la cita. Frente al coche, había una casa de madera, vieja y descuidada, a la que se podía llegar caminando por el sendero flanqueado de altas hierbas polvorientas. Lucía un espléndido sol, cegador, pero la casa estaba manchada de sombras que proyectaban los altos árboles diseminados a su alrededor… A un lado de la casa, un flaco perro miraba mortecinamente hacia el vehículo. Eso era todo.

—¿Está seguro de que es aquí? —preguntó *Baby*.

Mabeko asintió, mirando todavía atónito a la mujer que tenía sentada a su lado. Ya no era morena de ojos azules, ni una hermosa negra. Ahora, la agente *Baby* era una mujer rubia, de ojos verdes, algo gruesa, y que aparentaba algo más de cuarenta años. Su aspecto difería completamente de los dos anteriores que Mabeko conocía, y la pregunta tenía que estar de modo inevitable en su mente: ¿cuál de los tres aspectos era el verdadero? Posiblemente, ninguno, ya que lo seguro era que *Baby* no era negra, y si no era negra, tampoco tenía por qué ser una morena de ojos azules o una rubia de ojos verdes…

—Bien —sonrió la rubia, captando los pensamientos de Kobo Mabeko—, vamos allá. Espero que su opinión sobre esas personas sea correcta, Kobo.

—Lo es. Pueden hacer mil cosas más o menos malas, supongo, como todos, pero si han aceptado la cita no la aprovecharán para llevar a cabo ninguna jugada sucia… mientras nosotros hagamos lo mismo.

—Entiendo.

La rubia agarró su maletín, y se apeó. Mabeko lo hizo por el otro lado, y ambos caminaron hacia la casa.

El perro flaco comenzó a ladrar. Tras los cristales de una de las ventanas, *Baby* captó un movimiento.

La puerta se abrió cuando estaban a pocos pasos de ella, y apareció un negro alto y robusto, de cabellos completamente blancos, como auténtico algodón. Vestía camisa de colores, vieja y remendada, pantalones color caqui que sujetaba a la cintura con una cuerda, y sus grandes pies estaban descalzos. *Baby* miró sorprendida a Mabeko, pero este encogió los hombros.

Estaba claro que no conocía a aquel negro.

—Vengan —llamó este, en inglés—: les están esperando.

Retrocedió, quedando junto a la puerta. *Baby* y Mabeko entraron en la vieja casa, y enseguida vieron a los cuatro hombres, todos de pie en la pieza que era a la vez recibidor, comedor y cocina, todos mirando a la rubia con gran atención. Por su parte, *Baby* los fotografió con una sola mirada. Los cuatro vestían con severa elegancia muy discreta, calzaban buenos zapatos, y dos de ellos incluso llevaban corbata. Sus edades oscilaban entre los cincuenta y los sesenta años, y su expresión era viva e inteligente: los rizos de su frente estaban muy atrás, dejando esta muy despejada, visible la curva noble e inteligente.

—Buenos días, caballeros —saludó la rubia—. Y gracias por aceptar esta entrevista.

Uno de los negros se adelantó.

—Yo soy Uro Nboko, el que habló anoche por teléfono con Mabeko. Espero que no la moleste que, de momento, no le presente a mis compañeros.

—No me molesta en absoluto. Yo soy *Baby*, de la CIA.

Se hizo un breve silencio, hasta que Uro Nboko murmuró:

—¿Cómo podemos estar seguros de eso?

—Uro dice esto —intervino otro negro— porque si supiésemos con seguridad que usted es quien dice ser seguramente nuestra actitud sería menos… reservada.

—¿Significa eso que confiarían ustedes en *Baby*?

—Así es. Admitimos que la idea de Mabeko al recurrir a usted fue buena. Debió ocurrírsenos a nosotros…, y de este modo sabríamos con toda seguridad que habríamos hecho contacto con la agente *Baby*, de la que tantas cosas buenas hemos oído.

—Agradezco sus palabras —sonrió la rubia—. ¿Podemos

sentarnos?

Le señalaron una silla de paja, se sentó, y entonces lo hicieron los demás, en sillas idénticas, todos frente a la rubia, cuyo asiento, evidentemente había sido reservado, colocado de tal modo que quedaba frente a los negros.

—¿Ha traído usted ese informe del que nos habló Mabeko?

—Sí. ¿Han traído ustedes los… legajos de la *Whiteblack Law*?

—Hemos traído algo. Me permito indicarle que no está todo redactado aún. Todavía nos quedan días de mucho trabajo.

—Me conformaré con leer lo que ustedes tengan aquí.

Nadie se movió. Las miradas de Nboko y los demás fueron hacia Mabeko, y luego de nuevo hacia la rubia, que los contemplaba con inexpresiva mirada.

—Bueno… —empezó Uro Nboko.

—Señor Nboko, yo no estoy aquí para perder el tiempo…, y supongo que ustedes tampoco. Sé que no confiarían en un agente americano, pero he creído entender que confiarían en *Baby*. Yo soy *Baby*. Decidan si lo creen o no, pero por favor, decídanlo YA.

—Nos gustaría que usted también confiase en nosotros… con anterioridad.

—¿Quiere decir que les gustaría leer antes los informes conseguidos por Kobo Mabeko, y que entonces me permitirían echar un vistazo a la *Whiteblack Law*?

—Sí.

—No tengo inconveniente.

La rubia abrió el maletín, sacó el informe original, y tendió las páginas a Uro Nboko, que se apresuró a cogerlas, y a mirarlas. Buscó la última página rápidamente, leyó los nombres comprometidos en aquel plan para el exterminio de tres millones de negros, y por fin miró incrédulamente a la rubia.

—¿Se han atrevido a incluir sus nombres? —exclamó.

—Yo puedo explicar eso —intervino Mabeko.

—Pues hazlo, porque nos gustaría mucho saberlo, Kobo.

—Karl De Hoven es el promotor de la idea, el creador. Pero para poner en marcha todo el plan necesitaba ayuda… La ayuda de esos hombres cuyos nombres constan con el de Karl De Hoven. Ahora bien, si el plan resultase fallido, Karl De Hoven se encontraría solo y en una situación muy difícil, ya que todos negarían haber

participado en él de alguna manera. Por lo tanto, la inclusión de esos nombres, y las firmas, significan, obviamente, el compromiso de todos a aceptar solidariamente las consecuencias, tanto en el éxito como en el fracaso. Unos se apoyarían a otros sabiendo que existía este compromiso firmado.

Uro Nboko asintió.

—Lo entiendo… Me parece una imprudencia, una locura por parte de todos estos hombres, pero lo entiendo.

—Tened en cuenta —murmuró Mabeko— que lo que menos podían esperar De Hoven y los demás era que yo me enterase de lo que estaban tramando; y mucho menos, que fuese capaz de conseguir el informe. Pero mis orejas son muy grandes, y cuando capté de qué se trataba, simplemente, robé el informe de la caja fuerte del despacho del presidente y hui. Os supongo informados de que me están acosando como a una fiera —terminó un tanto acremente.

—No tienes por qué ponerte desagradable… También nosotros estamos pasando momentos difíciles, y tenemos que trabajar clandestinamente, escondiéndonos. No tenemos muchos hombres capaces de elaborar la *Whiteblack Law*, de modo que tenemos que recurrir a los máximos sistemas de seguridad… Si esos hombres fuesen descubiertos y sufriesen un… percance, nos encontraríamos como al principio.

—Opino que no deben ustedes discutir —dijo *Baby*—. Cada uno a su manera, todos están luchando por una causa común. Si todo lo que voy sabiendo hasta el momento es cierto, yo estoy de parte de ustedes, de ambos grupos. Y ya somos tres, ¿les parece que hagamos lo posible por armonizar nuestras fuerzas en lugar de discutir?

Todos los negros la miraron. Luego, Uro Nboko acomodó su silla de modo que los demás pudieron acercar las suyas para leer a la vez el informe conseguido por Kobo Mabeko. Observándolos atentamente, Brigitte *Baby* Montfort pudo comprobar sus súbitos accesos de palidez, sus respingos, sus estremecimientos.

La lectura duró alrededor de diez minutos. Y por fin, todos se quedaron mirando, una vez más, a la espía internacional.

—No se mencionan aquí los nombres de esos jefes de las tres tribus que le harían el juego a Karl De Hoven —susurró Nboko.

—Ya lo he observado. Pero los sabremos pronto.

—¿Eso piensa? Quizás usted no ha entendido todo esto de las tribus, señorita. Hay varias tribus en Southland, y cada una de ellas está dividida en grupos, cada uno de los cuales tiene un jefe. Digamos que hay muchos jefecillos de tribus y grupos en el país… Somos así de «inteligentes».

—Verdaderamente —sonrió la rubia—, sería más conveniente que todos ustedes tuviesen un poder central, con el que hacer frente al de los blancos, y así tendrían más probabilidades de introducir en la legislación de Southland la *Whiteblack Law*. Pero, puesto que ese poder central negro todavía no existe, tendremos que conformarnos, y aceptar las cosas como están.

—No es fácil aceptar esto —movió Nboko los papeles—. Y creo que, en efecto, convendría antes de nada localizar a esos jefes que están dispuestos a seguirle el juego a De Hoven. Y en cuanto los hubiésemos localizado, habría que… retirarlos.

—¿Quiere decir eliminarlos?

—¿Qué otra solución se le ocurre con esos traidores?

La rubia tardó unos segundos en responder. Cuando lo hizo, su voz sonó baja, como contenida:

—Anoche maté a un hombre —dijo—, y dejé a otro medio muerto, y a dos con la cabeza abierta a golpes. Para mí no es nuevo matar, señor Nboko, y seguiré haciéndolo siempre que sea necesario eliminar a un bicho en beneficio de personas. Sin embargo, siempre tengo la… ingenua esperanza de poder resolver las cosas por las buenas, o, al menos del mejor modo posible, utilizando la inteligencia.

—No dudamos de su inteligencia. Pero ¿cree que este asunto puede resolverlo por ese procedimiento?

—Me gustaría intentarlo, y quisiera tener la seguridad de que la gente a la que estoy ayudando acepta ese deseo mío. Siempre hay tiempo para matar, señor Nboko.

—Aceptaré encantado cualquier solución sin sangre que usted proponga, si es factible. ¿Tiene esa solución?

—Creo tenerla.

—¿Cuál es?

—Concédanme veinticuatro horas. Si en ese tiempo, mi plan no ha dado resultado, comenzaremos a matar.

Los negros de la Comisión cambiaron miradas entre sí. Por fin,

Nboko asintió, devolvió el informe de Karl De Hoven a *Baby*, y acto seguido sacó de un bolsillo interior unas cuantas páginas, asimismo mecanografiadas, que la espía se apresuró a tomar.

—Es un resumen de las leyes básicas —murmuró Nboko—. Todos los detalles están siendo estudiados en estos momentos. Tenemos a nuestros mejores hombres de leyes, gente que ha estudiado en Europa y América, trabajando en ello. No son muchos, sus recursos no son precisamente brillantes, pero la intención es buena.

Baby asintió, y, como habían hecho antes los de la Comisión, se dedicó a leer. Pero ella no palideció, ni respingó, ni lanzó exclamaciones. Su rostro no expresaba absolutamente nada. Sin embargo, cuando terminó, había aprobación en su gesto, un brillo especial en sus: falsos ojos verdes.

—Apoyaré la *Whiteblack Law*, caballeros —dijo—. Y escuchen ahora mi oferta definitiva: voy a tomar fotografías de este resumen, y lo voy a someter a estudio por parte de personas que entienden de leyes y expresiones legales mucho más que yo. Si esas personas confirman mi opinión favorable, ustedes recibirán ayuda profesional, y diez millones de dólares en efectivo y en el acto, para que puedan procurarse los recursos necesarios de seguridad. Pero antes, ustedes esperarán veinticuatro horas antes de iniciar cualquier actividad de índole violenta… ¿Me han comprendido bien?

—¿Usted está hablando… en serio?

—Completamente.

—La hemos entendido, en ese caso. Y aceptamos.

La rubia asintió, se puso en pie, y acercó la silla a una de las ventanas. Colocó en la silla los papeles mecanografiados, sacó del maletín su encendedor de platino con brillantes, y fue tomando una a una las microfotografías, repitiendo la operación, por si se producía algún fallo. Devolvió las páginas, guardó sus cosas y el informe, cerró el maletín, y se dirigió hacia la puerta, desde la cual se volvió.

—Caballeros, muy buenos días.

Segundos después, Kobo Mabeko al volante, ambos emprendían el regreso a Nokobi. Mabeko hacía gestos extraños, y por fin exclamó:

—¿Siempre controla con tanta habilidad y aplomo todas las situaciones?

Ella le miró sonriente.

—Digamos que me las voy arreglando para que las cosas vayan sucediendo como yo creo que es mejor que sucedan. Pero a veces, inevitablemente, tengo que recurrir a la violencia.

—Pues tendrá que hacerlo esta vez, al menos en la parte que concierne a Karl De Hoven, sus cómplices y esos jefes negros. Porque supongo que no creerá usted que a De Hoven lo va a controlar o a convencer con la misma facilidad que a la Comisión.

Brigitte Montfort no contestó. Del maletín sacó la radio, y apretó el botoncito de llamada.

—¿Simón?

—Hola —se oyó la voz de Simón-Nokobi—… Lo siento, pero no hay novedad todavía.

—*Okay*. Hasta luego.

Cerró la radio, y la guardó. Mabeko soltó un gruñido.

—¿No puedo saber lo que están tramando usted y sus compañeros de la CIA?

—Lo siento, Kobo, pero todavía no.

—Vaya… Me pregunto si, al menos, cuando revele usted ese resumen de la *Whiteblack Law* me permitirá echarle un vistazo.

—Naturalmente que sí.

—Algo es algo —gruñó de nuevo Mabeko.

—El que no se conforma es porque no quiere —rio *Baby*—. Vamos al apartamento, y Simón nos revelará las microfotos.

El agente de la CIA ocupante del apartamento que se había constituido en la base de operaciones de la agente *Baby*, colgó el teléfono, se volvió hacia la espía, y alzó el pulgar.

—Hecho —dijo—. Dentro de tres horas, nuestro experto de Nokobi estará aquí con otros tres más, que él mismo va a llamar a Ciudad del Cabo, Johannesburgo y Lourenço Marqués.

Kobo Mabeko, que estaba leyendo una de las copias fotográficas del resumen de la *Whiteblack Law* alzó la cabeza y exclamó:

—¿Para qué queremos a sus expertos? ¡Yo creo que todo esto está más que suficientemente claro!

—Así lo pienso yo —admitió *Baby*—. Pero quiero que esos

expertos de la CIA den su opinión, no solo en la veracidad del contenido, sino en sus posibilidades de ser llevado a buen término.

Mabeko soltó uno de sus bufidos, y blandió las fotografías.

—¿Posibilidades? ¡Si Karl De Hoven llega a tener noticia de contenido de estas leyes comenzará a cortar cabezas a diestro y siniestro! ¡Jamás lo aceptará!

—Tendrá que hacerlo. Además, muy pronto va a tener noticia del contenido exacto de la *Whiteblack Law*.

—¿Qué dice? —Respingó Mabeko—. ¿Sugiere usted que algún traidor de la Comisión le va a informar de…?

—Ningún traidor —movió la cabeza *Baby*—: yo misma iré a entregarle una copia de la *Whiteblack Law* al señor De Hoven.

Mabeko se quedó con la boca abierta, aturdido como si acabase de recibir un mazazo en la cabeza. En ese momento, la pequeña radio que Brigitte había depositado sobre la mesita frente al sofá emitió un zumbido.

—¿Sí? —admitió la llamada en el acto.

—*Baby*, lo hemos hecho —se oyó a Simón-Nokobi. La espía aspiró profundamente.

—¿Alguna baja, algún contratiempo…?

—Nada —casi rio Simón—… ¡Ha sido facilísimo!

—Así lo esperaba, pero me alegra mucho oírlo. Bien, pronto tendrá noticias mías, Simón.

—Y apuesto a que usted también lo consigue. Hasta luego.

—Hasta luego.

Cerró la radio, la guardó en el maletín, asió este, y se puso en pie. Kobo Mabeko consiguió reaccionar entonces.

—¿Adónde vamos ahora? —preguntó, comenzando a incorporarse.

—Usted se quedará aquí con Simón. Al sitio a donde voy, Kobo, no puede acompañarme: seguramente lo acribillarían a balazos.

Capítulo VI

El agente secreto de seguridad que tomaba el sol sentado en uno de los bancos del jardín de la hermosa quinta se irguió al ver detenerse el coche en la avenida, frente a la entrada. Del coche se apeó una mujer rubia, alta, maciza, que caminó pesadamente hacia las verjas, como si sus zapatones pesasen demasiado para ella. El criado negro se acercó a las verjas, habló con la rubia, asintió, y se dirigió hacia la casa. El agente de seguridad miró hacia allá, vio a sus dos compañeros paseando por el jardín, y acto seguido acudió al encuentro del negro.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Esa señora quiere ver a la señora De Hoven —explicó el criado.

—¿Quién es?

—Dice llamarse Erika Schenk, y es una compañera de estudio de la señora presidenta. Está de paso en Nokobi, y desea saludarla.

—Ah. Bien, avisa a la señora.

El negro continuó su camino hacia la casa. Entró en esta y medio minuto después salió, regresando hacia las verjas. A medida que el negro se iba acercando, el agente de seguridad iba captando mejor su extraña expresión, así que de nuevo acudió a su encuentro.

—¿Alguna dificultad?

—La señora recibirá la visita…, pero dice que no recuerda a ninguna compañera llamada Erika Schenk.

La cabeza del agente se volvió vivamente hacia las verjas. Su mirada se clavó en la rubia, y luego miró hacia la avenida, arriba y abajo.

—Yo me encargo de ella —murmuró.

—Sí señor.

El agente se acercó a las verjas, y sonrió a la visitante al mismo tiempo que las abría.

—Pase, señorita Schenk, la señora del presidente la recibirá.

—¡Menos mal…! ¡Temí no encontrarla en casa!

—La está esperando… ¿Me permite el maletín?

—¿Mi mal…? ¡Oh, no, gracias! —Rio—. ¡Pesa muy poco!

—Le quedaría muy agradecido si me permitiese examinar su contenido, señorita Schenk. Mis compañeros y yo somos agentes de seguridad de la señora De Hoven —señaló hacia los dos hombres—, y sucede que ella no recuerda a ninguna compañera llamada Erika Schenk.

La rubia Erika quedó atónita.

—¿Que no me recuerda? —exclamó—. ¡Pero…!

—Seguramente la recordará al verla —sonrió el hombre—… De todos modos, le ruego que me permita examinar su maletín. Por favor.

—Sí… Sí, claro.

Caminaron hacia el banco donde había estado sentado el hombre, que depositó allí el maletín y lo abrió. Enseguida, sonrió. Luego, tras remover apenas el contenido, que no podía parecer más inofensivo, lo cerró y lo devolvió.

—Agradecería su comprensión hacia mi trabajo, señorita Schenk.

—Oh, sí, sí… Pero dígame: ¿qué buscaba usted?

El hombre se limitó a sonreír, señaló hacia la casa, y fueron hacia allí. Se detuvieron en el porche, y el agente, tras murmurar una disculpa, fue a donde estaban sus dos compañeros. Estuvo unos segundos cuchicheando con ellos, y regresó hacia Erika, mientras los otros dos se separaban y se dirigían hacia las verjas. El agente de seguridad, sonrió, empujó la puerta, y cedió el paso a la rubia. A la derecha de la entrada había una puerta, hacia la cual se dirigieron, cruzando el amplio vestíbulo.

—Ulla tiene una casa muy hermosa —musitó Erika.

El hombre sonrió; eso fue todo. Llamó a la puerta, la empujó, y se asomó a la encantadora y confortable salita.

—Señora: la señorita Schenk.

Ulla De Hoven acudió hacia la puerta, mirando desconcertadísima a la visitante, la cual sonrió ampliamente.

—¿De verdad no me recuerdas? —preguntó.

La señora De Hoven también sonrió, muy cortésmente.

—Bueno… La verdad es que no. Perdona, pero… En fin, lo siento muy de veras…

—¡Está bien! —Rio Erika—. ¡Puedo decirte algunas cosas que te ayudarían a acordarte de mí aunque haya cambiado bastante, pero… no sé si sería correcto mencionarlas delante de este caballero!

Ulla continuaba sonriendo, pero, evidentemente, no conseguía recordar.

Miró al agente de seguridad.

—Está bien, Jeffrey, gracias. Puede retirarse.

El hombre vaciló un instante, pero obedeció. Erika Schenk entró en la salita, miró alrededor, y luego a Ulla, haciendo gestos de aprobación.

—Tienes muy buen gusto, querida.

—Gracias. Bueno, si hubieses llegado un poco antes habríamos podido almorzar juntas… Supongo que lo has hecho en Nokobi… ¿Café?

—No, no.

—Bien… Oh, bueno, siéntate, por favor.

Erika Schenk sonrió, fue hacia la puerta, la cerró, y entonces fue a sentarse en un sillón. La desconcertada Ulla De Hoven se sentó frente a ella, mirándola con toda atención.

—No se esfuerce más, señora De Hoven —dijo amablemente la rubia Erika—: realmente, usted no me había visto nunca antes de ahora. Ni yo a usted, salvo por fotografías. Y por supuesto, no soy compañera suya de colegio, ni de nada.

—No comprendo… ¿Quién es usted? ¿Quiere algo de mí?

—Le diré lo que vamos a hacer, señora De Hoven: saldremos las dos de aquí, entraremos en el coche que he dejado afuera, y nos iremos. Solamente eso.

—¿Irnos? —Ulla no salía de su pasmo—. ¿Adónde?

—Al sitio donde la están esperando sus hijos.

La esposa del presidente de Southland palideció.

—¿Qué dice? —exclamó.

—Hace un rato, unos amigos míos han secuestrado a sus hijos. No se preocupe, están bien y no pensamos hacerles mal alguno. Tampoco debe preocuparse por los agentes de seguridad que los custodiaban: fueron atacados utilizando un gas narcótico que los

durmió, así que están perfectamente. Duermen, eso es todo.

—Usted… usted está loca…

Erika Schenk abrió el maletín, sacó un paquete de cigarrillos, y tiró de uno de ellos. Enseguida, en el paquete de cigarrillos se oyó la voz de un hombre:

—¿Sí?

—La señora De Hoven al aparato —dijo Erika, sonriendo.

—Ah, bien. Entendido.

Erika tendió la camuflada radio a Ulla De Hoven, que estaba lívida, paralizada. Parecía incapaz de moverse, y hasta le costó hacerlo después de que en el paquete de cigarrillos sonó una voz juvenil:

—¿Mamá? Mamá, soy Pia… ¿Me oyes?

Ulla emitió un gemido, se abalanzó hacia la radio que le tendía Erika, y la acercó a la boca.

—¡Pia, hija…! ¿Estás bien? ¿Y Oskar…?

—Estamos bien, mamá, pero nos han secuestrado a los dos unos hombres…

—¡Dios mío!

—Estamos bien, de verdad.

—Mamá —sonó la voz infantil de Oskar De Hoven—, no te preocupes, estamos bien. No nos han lastimado, y además son muy amables, les podemos pedir todo lo que queramos.

—Pe-pero… ¿quiénes son? ¿Qué…? ¿Son negros?

—No, no. Son blancos. Uno es rub…

Erika Schenk arrebató con la mínima brusquedad la radio de la mano de Ulla De Hoven, y bajó el cigarrillo, de modo que dejó de oírse la voz del muchacho. Guardó el paquete en el maletín rojo con florecillas azules estampadas, cerró este, y se puso en pie.

—¿Nos vamos, señora De Hoven?

—Dios… Dios mío…

—No se preocupe. Esta es solo una acción de índole… humana.

—No comprendo…

—Solamente tengo una duda al respecto, francamente, y es referente a la postura de usted en cuanto a razas se refiere… ¿Que opina usted de los negros?

—¡Oh, los negros…! Bueno, ¿qué quiere que opine? Los negros son… los negros. Eso es todo.

Un breve gesto de dureza pasó por los labios de Erika.

—Entendido. A partir de este momento hará usted todo lo que yo le diga sin rechistar y con toda exactitud, señora De Hoven. De lo contrario, temo que todos tendríamos dificultades. Salgamos. Bien entendido que si prefiere usted no reunirse con sus hijos, para cuidar de ellos y luego regresar los tres juntos, yo no tengo inconveniente. ¿Se queda usted o viene?

—La acompañaré.

Erika Schenk tomó su maletín, fue hacia la puerta, y la abrió. Tal como había esperado, el agente de seguridad llamado Jeffrey estaba en el vestíbulo, paseando un tanto tenso de un lado a otro. Se volvió enseguida hacia la puerta, y se tranquilizó al ver salir a las dos mujeres. Convergió con ellas hacia la puerta, preguntando:

—¿Va a salir, señora?

—Sí —murmuró Ulla.

—Bien. Prepararé enseguida el coche para…

La mano derecha de Erika Schenk se movió de modo fulgurante. El fortísimo y bien medido impacto del *shuto* de karate le acertó en un lado del cuello, bajo la oreja izquierda, y fue demoledor y eficacísimo, derribándolo sin sentido en el acto. El hombre rodó a los pies de ambas mujeres, y Ulla miró a Erika, pálida.

—No es nada —sonrió la rubia—: dentro de unos minutos despertará, eso es todo. Ahora, asómese al porche y llame a los otros dos. ¿Hay más?

—No… No.

—Sea sensata, señora De Hoven. Si yo no regreso, sus hijos tampoco regresarán jamás.

—Solo… solo tengo tres… tres hombres conmigo… ¡Se lo juro!

Erika frunció el ceño. Nunca le habían gustado las personas que juraban, porque le producían la impresión de que estaban tan acostumbrados a mentir que cuando, ocasionalmente, decían una verdad, ellos mismos querían convencerse jurando.

—Llámelos.

Los dos hombres acudieron tranquilos y con servicial paso presuroso a la llamada de Ulla De Hoven. Cuando entraron en la casa se quedaron mirando, atónitos, la pistolita con que les apuntaba la rubia.

—La señora, y yo nos vamos a dar un paseo —explicó

amablemente Erika—. Ustedes se quedarán aquí, y dentro de cinco minutos llamarán al señor De Hoven a su despacho presidencial. Le dirán que su esposa ha ido a reunirse con sus hijos, a los que tenemos secuestrados, y que, de acuerdo a lo prometido, mi compañera Mabua Luna irá a charlar con él dentro de hora y media. ¿Lo han entendido?

Las miradas de ambos fueron hacia Ulla, desorbitadas. Estaban pálidos como cadáveres.

—Señora… —jadeó uno de ellos.

—Hagan lo que ella dice —gimió Ulla—… ¡Obedézcanla en todo! Y no intenten nada cuando salgamos de aquí: si esta mujer muriese, matarían a mis hijos.

Ninguno de los dos acertó a decir nada más. Erika guardó la pistola, y señaló la puerta. Dejando a los dos hombres como convertidos en estatuas, las dos mujeres fueron hacia las verjas, que el negro abrió anticipándose a su llegada. Cuando Ulla pasó por su lado, sin mirarlo, al negro le pareció que la señora no se encontraba muy bien, pero por supuesto se abstuvo de hacer el menor comentario. No sería él quien se metiese en los asuntos de la señora presidenta.

Así que las vio entrar en el coche de la rubia y marcharse. Eso fue todo.

Capítulo VII

Instintivamente, Karl De Hoven se puso en pie cuando uno de sus secretarios hizo entrar a Mabua Luna en su despacho privado de la Casa Presidencial, destinada únicamente a albergar los organismos oficiales. Los sucesivos presidentes de Southland habían considerado siempre más agradable separar su vida privada de su vida pública, de modo que cada uno de ellos había preferido vivir fuera de la Casa, y dejar que esta fuese solo el centro político de la nación. Ahora, Karl De Hoven tenía motivos para lamentar esta vieja tradición, pues pensaba que, de haber estado su esposa allí, en la Casa de la Presidencia… Pero no. Seguramente, habría sido lo mismo, porque si a sus hijos los habían secuestrado fuera de su vivienda particular, lo mismo habrían hecho aunque hubiesen estado viviendo en la Casa de la Presidencia, ya que no iban a pasarse la vida encerrados en esta…

En fin, todo era ya inútil.

Puesto de pie, Karl De Hoven miraba con mal contenido odio a la hermosa muchacha negra vestida de azul claro que, al otro lado de la mesa, le contemplaba con… curiosidad. Sí, con curiosidad, una curiosidad mutua, por otra parte. Karl De Hoven se esforzaba en distinguir en Mabua Luna alguna de las características étnicas de las tribus de Southland, pero no hallaba ninguno de los rasgos que pudiera clasificarla en ninguna de las tribus. Era diferente. Era una negra diferente absolutamente, de rasgos que ni siquiera parecían corresponder a una negra…

—¿Puedo sentarme? —preguntó ella.

De Hoven apretó los labios, y se sentó. Mabua Luna lo hizo también, ocupando con gesto elegante uno de los sillones frente a la mesa del presidente de Southland. El alto, elegante, atractivo, rubio presidente de un país africano cuya mayoría de población era negra…, pero sometida al poder blanco.

—Por el bien de todos —susurró De Hoven—, espero que mi familia esté bien, señorita Luna.

—No está usted en condiciones de amenazar —sonrió Mabua—, pero comprendo su estado de ánimo. De todos modos, si lo desea, puede cerciorarse de que su familia está bien.

—¿Cómo podría usted convencerme de eso?

—Me pregunto si creería usted a su propia esposa y a sus hijos, señor De Hoven.

—Naturalmente.

Mabua Luna asintió, colocó el maletín sobre sus rodillas, lo abrió, sacó el paquete de cigarrillos, y alzó el que convenía. En el acto, sonó la voz de hombre, en inglés.

—¿Sí?

—El señor De Hoven al aparato —sonrió Mabua.

—Muy bien.

La negra se inclinó hacia delante, y empujó deslizándola sobre la mesa la pequeña radio camuflada.

De Hoven la tomó, con mano un tanto temblorosa.

—¿Hola? ¡Ulla!

—Karl, Karl, no te preocupes —sonó la voz de su esposa—… Estamos los tres juntos, y no parece que quieran hacernos ningún daño. Querido, no sufras, estamos bien, de verdad.

—Los niños… Ulla, los niños…

—Ellos también están bien, Karl. Estos hombres son… son muy correctos y amables. Nos han asegurado que nada nos ocurrirá si tú eres razonable… ¡Karl, por favor…!

—Sí… Sí, Ulla, tranquilízate. Yo arreglaré esto, sea como sea…

—Me temo que no —dijo Mabua Luna, inclinándose de nuevo hacia la mesa y tendiendo la mano—. Usted no arreglará esto sea como sea, señor De Hoven, sino que lo haremos entre los dos y del modo que YO le diré. ¿Me devuelve la radio, por favor?

Karl De Hoven devolvió la radio, con un gesto lento y tenso. Sentía como fuego en su interior. Sus ojos contemplaban con furia incontenible a la negra, que, por su parte, no parecía impresionada en lo más mínimo. Guardó la radio, miró inexpresivamente al presidente de Southland, y le tendió una copia fotográfica, preguntando:

—¿Reconoce usted esto?

De Hoven tomó la copia del informe conseguido por Kobo Mabeko, y apenas mirarla apretó los labios.

La dejó frente a él, sin contestar, de nuevo fija su fría mirada en los negros ojos de Mabua Luna.

Esta sonrió secamente.

—Me parece que sí conoce esos documentos —murmuró—. Pero no conoce usted estos otros… Tengo el gusto de proporcionarle a usted una copia fotográfica de las leyes básicas de la *Whiteblack Law*. ¿Le interesa? Puede tomarse el tiempo que quiera para leerla.

El interés de Karl De Hoven fue evidente. Tomó las copias, y comenzó a leer enseguida. De cuando en cuando, en sus finos labios se producía una crispación, y un par de veces miró a la negra que esperaba pacientemente.

Cuando terminó la lectura, De Hoven dejó las copias sobre las de su informe, miró a Mabua, y dijo, con incontenible tono sarcástico:

—Estos negros han olvidado algo.

—¿Qué cosa? —Alzó las cejas Mabua.

—Han olvidado exigir para uno de ellos el cargo de presidente del país.

—Oh, bueno, todo se andará —sonrió la negra—… De momento, yo pienso que sus puntos de vista son sensatos, moderados y humanos. ¿No está de acuerdo?

—No. Son solo negros. Como usted.

—Señor De Hoven, una de las cosas que he aprendido en mi vida ha sido no despreciar ni menospreciar a nadie. Creo que ha llegado el momento de que usted aprenda esa lección, como la aprendí yo. Le será muy útil cambiar de actitud para el futuro.

—Jamás aceptaré esta grotesca ley que iguala en todo a los blancos y a los negros. ¡Jamás!

—No los iguala en todo —sonrió Mabua—: solamente en sus derechos humanos. Por lo demás, si usted prefiriese continuar considerándose superior a los negros, sería cosa suya. Aunque mi consejo personal es que no hiciese semejante cosa: está demostrado que la superioridad no es absoluta en nadie, y que, ciertamente, no depende del color de la piel. Pero no discutiremos eso. Allá usted, mientras acepten la *Whiteblack Law*.

—No.

—De acuerdo —sonrió la negra—. Entonces, vamos a hacer otro

trato, si le parece bien: le cambio las vidas de su esposa e hijos por los nombres de los jefecillos de esas tres tribus que están dispuestos a seguirle el juego criminal a usted a cambio de privilegios personales.

—¿Si le digo quiénes son me devolverá usted a mi familia?

—Así es. Ya que no puedo convencerlo a usted de que acepte la *Whiteblack Law*, al menos retiraremos de la circulación a esos hombres que secundarían sus siniestros planes, con lo que esa masacre de tres millones de negros no se producirá. Dice un refrán: de lo perdido saca lo que puedas.

De Hoven, que contemplaba con cierta incredulidad a la negra, asintió con un gesto. ¿Sería posible tanta torpeza? Él podía dar los nombres de aquellos jefecillos, permanecer inmutable mientras eran retirados de la circulación, e incluso asesinados…, y buscar otros que los sustituyeran.

—Le daré esos nombres.

—Por escrito. Y por favor, indique claramente dónde pueden ser hallados en estos momentos.

—Muy bien.

Karl De Hoven abrió el cajón central de su mesa, sacó un libro de tapas metálicas y con cierre de llave, y utilizando esta, lo abrió. Había muchos papeles en las anillas, y los fue pasando, hasta llegar a uno determinado; abrió las anillas, retiró el papel, volvió a cerrar las anillas, cerró el libro con llave, lo guardó, y tendió la hoja de papel a Mabua Luna. Esta la tomó, echó un vistazo a lo escrito, y aprobó con amable gesto. Guardó la hoja en su maletín, y se puso en pie.

—Cuando usted quiera podemos ir a recoger a su familia.

—¿Tengo que ir yo?

—Naturalmente. Y si cree que es una trampa está muy equivocado. Puede llevar cuantos hombres desee, tanto de su escolta personal como soldados. Solo que, en este caso, antes avisaré a mis compañeros para que levanten el campo. Espero que lo comprenda.

—Sí… Sí, lo comprendo. Y desde luego, iremos allá muy bien acompañados.

—Era de suponer. Bien, voy a llamar a mis compañeros. —Mostró el paquete de cigarrillos, que había quedado en su mano, y

tiró del adecuado con sus blancos dientes.

—¿Sí? —contestaron en el acto.

—El señor De Hoven y yo hemos llegado a un acuerdo parcial. Comiencen a preparar la evacuación del lugar, pues vamos hacia ahí, con tropas, según creo.

—Muy bien. Todo entendido.

Mabua Luna cerró la radio, se la guardó en el escote, y miró a De Hoven, que la contemplaba incrédulamente. Ella señaló uno de los teléfonos que había sobre la mesa.

—¿Cuál es el de línea directa con el exterior? —preguntó.

De Hoven lo señaló, y Mabua descolgó el auricular y marcó un número, colocando el disco hacia sí, fuera del alcance visual del presidente sudafricano…

—¿…?

—Soy yo, querido —dijo Mabua—. ¿Está Kobo Mabeko ahí?

—…

—Claro: naturalmente. Bien, dile que tiene que reunirse conmigo. El señor De Hoven y yo pasaremos por Central Avenue, escoltados por soldados, supongo. Dile a Kobo que no tema nada, que se acerque para reunirse con nosotros. Su vida entra en el convenio que acabamos de realizar.

—…

—Eso es. Adiós, querido.

Colgó, y se quedó mirando amablemente a Karl De Hoven, que no podía creer lo que veía y oía. ¿Estaría soñando? Había visto la situación muy mal, pésimamente, ya que teniendo a su esposa e hijos, Mabua Luna podía haberlo presionado brutalmente. Sin embargo, se conformaba con los nombres de los jefecillos que…

—Ya sé lo que está pensando —dijo la negra—, y quizá tenga razón. Pero, señor De Hoven, utilizar personas de este modo no entra en mi… sistema operacional. Soy incapaz de asesinar a su familia, o de ordenar semejante cosa. Espero, al menos, que el susto que han recibido les haga recapacitar. Mientras tanto, me conformaré con la lista de nombres que usted me ha entregado. ¿Nos vamos ya?

Absolutamente estupefacto, Karl De Hoven asintió, y se puso en pie.

—Tendré que dar algunas instrucciones para que preparen la

escolta —murmuró.

—Por supuesto. Solo quiero que tenga presente una cosa, señor De Hoven: si a mí me ocurriese algo, todo se complicaría mucho para su familia, esto está claro, ¿verdad?

—Sí —gruñó De Hoven—. No se preocupe.

—Espléndido —sonrió la negra—. De todos modos, estaré en todo momento junto a usted, escuchando sus instrucciones. Y no se olvide incluir en ellas que cuando aparezca Kobo Mabeko nadie deberá molestarle en modo alguno, ni impedir que entre en el coche con nosotros…

Estupefacto, Kobo Mabeko vio aparecer la comitiva por Central Avenue, conforme a lo acordado. Ya no tenía ni idea de lo que estaba tramando aquella mujer, había perdido el control sobre ella…, si es que alguna vez lo había tenido, cosa que dudaba ya muy seriamente.

Estuvo mirando el coche, y la escolta de motocicletas y camiones con soldados que iban detrás, y no daba crédito a sus ojos. ¿Qué estaba haciendo aquella mujer?

Acabó por encoger los hombres, salió del portal en el que había estado escondido, y se acercó al borde de la acera. Una vez allí, alzó el brazo, y bajó a la calzada. El coche se detuvo, y lo mismo hicieron las motocicletas y los camiones descubiertos llenos de soldados. Kobo Mabeko vio en una ventanilla del coche el rostro de Mabua Luna, y se acercó. Ella abrió la portezuela de aquel lado.

—Pase, Kobo. Todo va bien.

El atónito negro entró en el coche, sentándose a la izquierda de Mabua Luna, y contemplando boquiabierto a Karl De Hoven, sentado a la derecha de la bellísima negra.

—Sigamos —ordenó esta al chófer; puso una mano amistosamente sobre una rodilla de Mabeko—… Le espera un trabajo muy duro, Kobo.

—¿Qué trabajo? —musitó el negro, desviando su mirada de Karl De Hoven.

—Va a tener que convencer a la Comisión para que vuelvan a reunirse. Pero esta vez, quiero más hombres, y quiero que estén los que están preparando los definitivos artículos de la *Whiteblack Law*. Dígales…

—¡No aceptarán!

—Tendrá usted que convencerlos, sea como sea. Dígales que el presidente De Hoven no está dispuesto de ninguna manera a aceptar la *Whiteblack Law*, pero que yo he conseguido tres nombres que quiero que conozcan, y que les ayudarán a redactar todo el articulado definitivo…

—Usted, y todos esos chiflados de la Comisión, deberían estar muertos —gruñó Karl De Hoven.

Baby lo miró sosegadamente.

—¿Eso piensa realmente, señor De Hoven?

—Por supuesto. Su existencia solo sirve para complicar las cosas. Ahora que ya conozco sus pretensiones, y que usted conoce los nombres de los negros que iban a ayudarme, creo firmemente que como mejor estarían sería muertos.

Mabua Luna estuvo unos segundos mirando atentamente al presidente de Southland. Luego, inexpresiva, volvió a mirar a Kobo Mabeko.

—Tengo, en efecto, una lista de los jefecillos de esas tres tribus que iban a ayudar al señor De Hoven, pero de ellos nos ocuparemos más adelante. Ahora, lo que interesa es que se reúnan los de la Comisión, para tener una entrevista final con ellos y presentarles a los colaboradores que supongo han llegado adonde usted sabe, Kobo.

—Sí, sí, están… allí, con su amigo, estudiando ya la *Whiteblack Law*.

—Bien. Yo los llamaré muy pronto, y les diré que todos abandonen ese lugar y estén preparados para la reunión que usted tiene que conseguir con la Comisión. Dígales a estos señores que la reunión será en el mismo sitio de la vez anterior. ¿De acuerdo, Kobo?

—Sí, sí. Pero… Bueno, ¿podría usted decirme ya qué es lo que está ocurriendo?

—Mis amigos y yo secuestramos a la familia del señor De Hoven, pero puesto que este y yo ya hemos llegado a un entendimiento aceptable, al facilitarme él los nombres de esos jefecillos, vamos ahora en busca de la señora De Hoven y sus hijos. Luego, nos ocuparemos de la Comisión, y finalmente, de los jefecillos.

—¿Y dejará usted marchar a De Hoven?

—Por supuesto. Pero antes sostendré con él otra larga conversación que…

—Que no le servirá de nada —cortó De Hoven—. Todo cuanto yo tenía que decir, ya lo he dicho.

—Ya veremos eso —sonrió Mabua Luna—. ¿Me ha entendido usted bien, Kobo?

—Sí, desde luego. ¿Para cuándo cito a la Comisión, si es que aceptan la reunión?

—Cuanto antes.

—Claro. ¿Dónde la aviso a usted?

Mabua Luna quedó pensativa, rascándose graciosamente la barbilla. Parecía estar en otro mundo.

—Bueno —dijo por fin—, como yo no sé exactamente dónde estaré, ya que pueden surgir imprevistos, y a su vez usted no puede saber ahora para cuándo conseguirá la reunión, lo mejor será que le entregue mi radio de repuesto, y una vez haya llegado usted a un acuerdo con la Comisión, me llama para informarme. ¿De acuerdo?

—Claro que sí —sonrió Kobo.

Mabua abrió el maletín, entregó a Mabeko la radio de repuesto, y aprovechó para tender al negro la lista de jefecillos.

—¿Conoce a alguno de estos hombres, Kobo?

—A algunos —asintió Mabeko, tras leer rápidamente la lista—. ¿Qué haremos con ellos?

—Lo pensaré… muy despacio —dijo Mabua, guardando de nuevo la lista y cerrando el maletín—. Ahora lo importante es lo otro… Ah, Kobo, para dar mayor fuerza a sus argumentos, dígales a los de la Comisión que espero conseguir que el señor De Hoven asista a la reunión, a ver si ellos lo convencen.

—¡Está usted loca! —bufó De Hoven.

—Quizás. Pero al menos esto servirá para convencerlos de que deben acudir. ¿Todo entendido, Kobo?

—Sí —sonrió este—. Y su idea es buena…, aunque sea una mentira.

—Sería terrible que se me cayesen los dientes por decir mentiras —sonrió Mabua Luna; se inclinó hacia delante y tocó al chófer en un hombro—… Pare, por favor.

El coche se detuvo, y Kobo se apeó. Se alejó sin contratiempo

alguno, mientras Mabua Luna sacaba del escote el paquete de cigarrillos y hacía contacto.

—¿Sí?

—Aquí, Mabua Luna. Desalojen el punto número uno, esperen en el dos, y envíen al guía con la motocicleta a la carretera que me indicaron. Calculo que estaremos allá dentro de diez minutos como máximo.

—De acuerdo.

Mabua Luna cerró la radio, la guardó de nuevo en el escote y miro a De Hoven cuando oyó el comentario de este:

—Está usted muy bien organizada.

—Es cuestión de costumbre —sonrió la negra—: una vez tengo en mi poder las piezas del juego ya no dejo ningún cabo suelto. Aunque no tengo la soberbia de suponer que es imposible algún pequeño fallo, señor De Hoven.

—Es usted muy inteligente. Y muy atractiva, para ser negra Yo diría que está usted… desaprovechada.

—¿Desaprovechada? ¿Qué quiere decir?

—Digamos que usted obtendría mayores beneficios de su inteligencia si la utilizase para ponerse al lado de los ganadores.

Mabua Luna frunció el ceño, pensativa.

—¿Me está proponiendo algo, señor presidente?

—Sí. Trabajando a mi lado le iría mucho mejor.

—Lo que significa —sonrió de pronto Mabua— que estaría usted dispuesto a contratar a una persona de raza negra.

—Si había de serme útil, como estoy seguro de que lo sería usted, ¿por qué no?

—Ya. Claro. Pero aunque me utilizase y me pagase muy bien, seguiría usted despreciándome, ¿no es así?

—Suelo tratar bien a mis colaboradores.

—Entiendo su postura…, que me parece absolutamente desaprensiva. No, señor De Hoven, no aceptaría nunca trabajar para usted.

—En ese caso, por muchas cosas que haga, solo seguirá siendo una sucia negra.

—Será mejor que se acostumbre a tener cerca a los negros —dijo suavemente Mabua Luna—: como suele decirse, se los va a encontrar usted hasta en la sopa.

Capítulo VIII

La motocicleta apareció ya lejos de Nokobi, en el punto al que Mabua Luna fue indicando que se dirigiese al chófer del presidente de Southland. Al sillín de la veloz máquina iba un hombre blanco, cuya visión hizo fruncir el ceño al presidente.

—¿Quién es? —Gruñó.

—Si quiere que le diga la verdad, ni siquiera sé su nombre Todo lo que sé es que es un buen amigo mío. Chófer, sígalo.

El conductor se volvió hacia De Hoven, que asintió con la cabeza, y preguntó enseguida:

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verá. Supongo que no teme usted nada, llevando tan buena compañía.

—Confío en mis soldados.

—No me refería a ellos —rio Mabua Luna—, ¡sino a mí, señor presidente!

De Hoven contempló con el ceño fruncido a la negra. Luego, volvió a mirar al hombre blanco que les precedía, y al que posiblemente nunca podría identificar, porque llevaba un casco de motorista, y las correspondientes gafas. Muy útiles ambas cosas, porque pronto comenzaron a circular por una carretera de tierra, muy polvorienta. La motocicleta se iba deteniendo de cuando en cuando, adaptándose a la marcha del coche y de los vehículos militares.

Durante más de media hora, la comitiva prosiguió su marcha en pos de la motocicleta. Finalmente, el conductor de esta la detuvo, se volvió en el sillín, y alzó un brazo. Mabua Luna se asomó por la ventanilla, y correspondió al gesto. Acto seguido, el motorista dirigió su máquina campo a través, alejándose y desapareciendo rápidamente.

—Bien, estamos a punto de llegar —dijo Mabua Luna—. Solo

tenemos que seguir adelante un poco más.

—No hay ninguna ciudad por aquí —murmuró De Hoven—. Ni tengo noticias de que haya construcciones de ninguna clase.

—Evidentemente, está usted muy mal informado sobre la nación que tan indignamente preside, señor De Hoven. Siga usted.

El chófer reanudó la marcha. Y apenas un minuto más tarde apareció el poblado, apenas una aldea. Cuando el coche enfiló la entrada al grupo de chozas, Karl De Hoven tenía fruncido el ceño, y su rostro estaba demudado. Todo lo que había allí era eso: un grupo de ruinosas chozas, formando una pequeña plaza, en la cual jugaban unos niños negros. De pie frente a las chozas, los negros adultos contemplaban con ojos saltones la llegada de la comitiva. Algunos perros famélicos habían comenzado a ladrar, furiosamente.

—Para su mejor información, le comunico que estamos en una aldea de Southland llamada Nkada —murmuró Mabua Luna.

—¿Y ha traído usted aquí a mi esposa y a mis hijos? —Tembló de cólera la voz de Karl De Hoven.

—Me pareció que sería aleccionador para ellos ver cómo viven realmente los negros de su país. Porque una cosa es conocer negros que trabajan como criados y que comen relativamente bien, o negros a los que todo el mal que se les hace es negarles la subida a un autobús o un préstamo, o unos servicios públicos cualesquiera que sean, y otra cosa muy diferente es ver cómo viven la mayoría de habitantes negros de su país.

—Usted no tenía derecho a hacer esto…

—Si hablamos de derechos —lo miró fríamente Mabua Luna—, la conversación se va a endurecer mucho, señor De Hoven. ¿Nos apeamos?

El coche se había detenido ya en el centro de la pequeña plaza formada por las chozas. Tras él, los camiones. Alrededor, los motociclistas.

Mabua Luna y Karl De Hoven se apearon. Alrededor de ambos comenzaron a zumbar las moscas. Los perros seguían ladrando. Apenas eran las cinco de la tarde, y el sol todavía quemaba implacablemente. Los niños negros, desnudos, habían dejado de jugar, y tenían fijos en los visitantes sus grandes ojos. Tenían moscas en los ojos, en la boca, sobre los mocos que colgaban de sus chatas narices… Karl De Hoven hizo un gesto de repulsión que

Mabua Luna captó, pero no dijo nada. Señaló hacia la choza más grande, frente a la cual acababa de aparecer un hombre blanco que también llevaba casco y lentes de motorista.

—Su esposa y sus hijos están en esa choza —murmuró.

Se dirigieron los dos hacia allí. Los soldados permanecían en los vehículos militares, y los motoristas sobre sus sillines, los pies en el suelo. Todos miraban alrededor, indiferentes a los desnudos pechos de algunas mujeres. El polvo se iba posando, y el silencio era tal que los zumbidos de las moscas se oían con extraña fuerza.

Cuando Mabua y De Hoven llegaron ante la cortina que servía de puerta a la choza, el hombre blanco la apartó. Mabua entró en primer lugar. Detrás lo hizo Karl De Hoven, y tuvo que hacer un esfuerzo para no presionar las aletas de su nariz y librarse así del olor intenso que había en la choza…, en la cual, sentados en denso grupo, había mujeres y niños, mirándolo. Mujeres y niños de raza negra. Ni un solo blanco.

Karl De Hoven se volvió, lívido, hacia Mabua Luna.

—¿Qué significa esto? —jadeó—. ¿Dónde están…?

Se volvió de nuevo hacia el grupo de negros al oír un profundo sollozo desgarrado. Y todo el vello de su cuerpo se puso de punta cuando oyó la voz archiconocida:

—Papá… ¡Papá, somos nosotros!

La mirada de Karl De Hoven recorrió nuevamente el grupo de gente de raza negra. Ahora, una de las negras, con el cabello rubio, estaba llorando, ocultando el rostro con sus manos… ¡Una negra con el cabello rubio!

—Papá —oyó el gemido de su hija—… ¡Papá!

Como un autómata, De Hoven se acercó más al grupo. Entraba luz de sol por la abertura circular del techo, y por la puerta, cuya cortina permanecía apartada. El señor presidente se quedó mirando a la mujer que sollozaba, a la negra de cabellos rubios, que estaba prácticamente desnuda, con los pechos al aire; junto a ella, apretados por los demás negros, había un muchacho, y una jovencita que llevaba unos sucios andrajos de supuesto color blanco cubriendo sus bonitas formas. Y también era rubia. Como el muchacho que le contemplaba con desorbitados ojos… de color azul.

Algo comenzó a fallar en la mente de Karl De Hoven. Era como

si dentro de su cabeza oyese extraños ruidos, como si se estuviesen produciendo estallidos, que le aturdían. Algo no marchaba bien… La mujer que sollozaba alzó el rostro, y Karl De Hoven pudo verlo bien, empapado en lágrimas. Pudo verlo bien, pero, claro, no podía ser… Ni podía ser cierto que existiesen aquellos dos muchachos negros con los rostros de sus hijos Oskar y Pia. Ni la mujer llorosa podía ser Ulla…

—Karl —sollozó la negra llorosa—… ¡Karl, mira qué nos han hecho…! ¡Karl!

De Hoven volvió la cabeza hacia Mabua Luna. Estaba tan aturdido que ni siquiera podía hablar. Mabua Luna señaló a los tres negros de cabellos rubios.

—Tal como hemos convenido, señor De Hoven, le devuelvo a su familia. Pueden marcharse ustedes cuando gusten.

De Hoven no conseguía reaccionar. Por fin, se abrió paso en el grupo de gente negra, asió por los brazos a la negra rubia, y la puso en pie, mirando sus desnudos pechos, que él conocía tan bien…, pero de color blanco, no negros. La mujer se resistió, quería ocultar el rostro entre las manos, se debatía casi histéricamente.

—Ulla —tartamudeó De Hoven—… Ulla, ¿eres tú? Pia, hija mía… Oskar… ¿Sois vosotros?

La muchacha rompió a llorar.

—Personalmente —oyó tras él la voz de Mabua Luna—, no considero que ser negro sea una tragedia tan grande, salvo por el trato que reciben. Pero, en fin, les dejo a ustedes con sus emociones. Feliz retorno al hogar, señor De Hoven.

Mabua Luna abandonó la choza. Afuera, encendió un cigarrillo, se sentó en una piedra, miró a los boquiabiertos niños negros que la contemplaban, y sonrió. La escolta de Karl De Hoven parecía de piedra. Simplemente, esperaban. Mabua también esperó, fumando tranquilamente, hasta que, por fin, De Hoven salió de la choza, y se plantó ante ella, que lo miró amablemente, alzando la cabeza.

—¿Qué les ha hecho usted? —jadeó De Hoven.

—No se preocupe tanto: solo los he untado con una tintura negra.

—No… ¡No es cierto! ¡No es una tintura, ya lo he probado! ¡No es una tintura, su piel es negra!

Mabua se puso en pie.

—Eso es lo que quería, que comprobase, señor De Hoven. Ahora que ya está seguro y convencido por sí mismo, puedo decirle que, en efecto, no se trata de una tintura, sino de una sustancia que se inyecta, y que torna negra la piel blanca. Puede creerme, no es ninguna broma. Por el contrario, es un logro científico de los más importantes, conseguido en grandes laboratorios, con ilimitados medios científicos… Todo un éxito, a mi entender. Llevó años conseguir el *Blackcolor*, esa interesante sustancia de pigmentación de la piel humana.

—No… no es… po-posible…

—No vamos a discutir lo evidente, ¿verdad? Bien, creo que deberían marcharse ustedes ya.

—¡No! ¡Jamás expondré en público a mi familia en ese… en ese estado! ¡No saldrán de ahí dentro hasta que vuelvan a ser como antes!

—Me temo que no me ha entendido —lo miró con curiosidad la hermosa negra—: ya nunca volverán a ser como antes, señor De Hoven, pues el proceso es irreversible.

—¡No! ¡No!

—Lo siento por usted, pero sí.

—La voy a matar… ¡Voy a ordenar que todos mis hombres la destrocen, la… la van a violar y luego… luego le cortarán la cabeza, y la… la…!

—¿De qué le serviría a usted todo eso? Por muchas cosas que sus soldados hiciesen conmigo, su familia seguiría siendo negra. Creo que debe usted acostumbrarse a esa idea.

—¡Tiene que existir una solución! —aulló De Hoven.

—Bueno… Sí, ciertamente, hay una, pero no sé si a usted le gustaría: dejarse inyectar también el *Blackcolor*. De este modo, usted también sería negro, y cuando menos podría continuar la convivencia con su familia…, aunque en otras condiciones, naturalmente. No sé si podría seguir siendo usted presidente de Southland después de convertirse en negro, señor De Hoven. ¿Cree que sus cómplices se lo permitirían? ¿O quizá decidirían… eliminarlo discretamente, a usted y a los suyos?

—Dios… ¡Dios mío!

—¿A qué Dios se refiere usted? —Machacó implacable Mabua Luna—. ¿Al de los negros o al de los blancos? Porque supongo que

no deben de tener el mismo Dios, ¿verdad?

—¡Cállese! ¡Cállese!

—Como guste. Pero me permito recordarle que hicimos un trato: la devolución de su familia a cambio de unos nombres. Ambos hemos cumplido. ¿Puedo marcharme?

—¡Usted no se irá de aquí hasta que esto se haya solucionado! ¡Usted tiene que solucionarlo!

—Es usted duro de entendederas, señor De Hoven. Ya le he dicho que no tiene solución, que el proceso es irreversible. De todos modos, quizá podríamos suavizar la situación de su familia.

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir? ¿A qué se refiere?

—Bueno, me imagino que el retorno a su casa no va a ser precisamente triunfal. Ignoro si usted querrá o no querrá ser también negro, pero ciertamente, la situación va a resultar… chocante. Muy chocante. Si yo fuese usted, procuraría arreglar las cosas de modo que la situación me perjudicase lo menos posible.

—¡No la entiendo! ¿Qué puedo hacer?

—¿Por qué no dedica unos minutos de su tiempo a conversar con la Comisión sobre la *Whiteblack Law*?

—¡No!

—Usted sabe que esa ley, en efecto, favorece a los negros, y en cambio no perjudica a los blancos, salvo en sus opresiones sobre los negros. Y no es realmente un perjuicio, sino la pérdida de unos privilegios de toda clase que son inhumanos y sin sentido. Debería reflexionar sobre la *Whiteblack Law*, señor De Hoven. A lo mejor, si usted conseguía introducirla en la Constitución de Southland, su esposa y sus hijos, entre otros muchos negros, saldrían beneficiados.

—¡No lo haré!

—Es su elección. ¿Puedo marcharme?

—Está loca… ¿Cómo puede pensar que la dejaré escapar con vida de esta situación?

—Le voy a decir cómo puedo pensar eso, por qué puedo pensar eso: si usted intenta algo contra mí, algunos negros armados abrirán fuego contra sus soldados; sus soldados replicarán al fuego, naturalmente, y, en cuanto empiecen a disparar, no dejarán a nadie con vida, lo sabemos ambos. Al decir a nadie, me refiero a la gente negra, claro está. Y por si lo ha olvidado, señor De Hoven, le diré que su esposa y sus hijos son ahora negros. ¿Cree usted que sus

soldados se darían cuenta de eso, o tan siquiera que podrían admitirlo?

—Maldita… Maldita, maldita, maldita…

—Es su opinión, solamente —sonrió Mabua Luna—: hay quien opina, en cambio, que soy un ángel. Un ángel negro, claro. Pero, en fin, no quiero forzar situaciones sangrientas que luego podría echarme usted en cara. O lo haría yo misma… Estoy muy cansada de la Muerte, señor De Hoven. Y cada vez me esfuerzo más en evitar el derramamiento de sangre. Como ahora, por ejemplo. Y usted sabe que tengo razón… Si me necesita para algo, estoy jugando con los niños.

Mabua Luna se dirigió hacia el grupo de niños, y se acuclilló junto a ellos.

Los zumbidos de moscas alrededor de los mocos eran terribles.

—Hola —saludó—… ¿Habláis inglés?

Se quedaron mirándola, boquiabiertos.

—No inglés —murmuró Mabua, moviendo la cabeza—… Bueno, me imagino que tampoco debéis de hablar francés, ni italiano, ni ruso, ni español, ni alemán, ni portugués… Os comunicáis por medio de un dialecto, y seguramente os parece suficiente… ¿No inglés?

Los niños continuaron mirándola. Mabua se sentó en el polvoriento y áspero suelo.

—Vamos a empezar la primera clase… No diré que el inglés sea el mejor idioma del mundo, pero es el que hablan los blancos con los que vais a convivir, así que empecemos. Veamos… Vosotros sois niños; yo soy mujer. ¿*Okay*? —Los señaló a ellos y luego a sí misma —. Niños… Mujer…

Más allá, Karl De Hoven se dejó caer en la piedra en la que antes había estado sentada la espía más implacable del mundo, y escondió el rostro entre las manos.

Le despertó el cacareo de una gallina, o algo así. Aunque en realidad, no había estado dormido; solo se había quedado un poco transpuesto, después de pasar toda la noche con los ojos abiertos, fijo en la abertura del techo, viendo las estrellas.

Ya se había acostumbrado al olor. Movió la cabeza, y vio a su esposa tendida junto a él, durmiendo. Al otro lado estaban Pia y

Oskar… Pero no solos. Habían pasado la noche los cuatro en la choza, compartiéndola con una docena de negros. Del mismo modo que habían compartido su cena… Es decir, ninguno de los cuatro había probado ni una sola porción de aquellas gachas oscuras cocinadas en las sucias ollas. No había luz eléctrica, naturalmente. Ni agua corriente… El agua había que ir a buscarla a un fangoso riachuelo cercano. Lo que sí había eran moscas. Miles de moscas. Y hedor.

Los soldados habían acampado cerca del poblado, esperando, no poco sorprendidos, la decisión del señor presidente; y se habían sorprendido aún más cuando la decisión de Karl De Hoven fue pasar la noche en aquel poblado, en aquella choza. ¿Por qué no sacaba de ella a su familia de una vez y regresaban a Nokobi? Aunque no les importaba demasiado pasar una noche acampados, para variar. Y esto, sin saber que en su campamento improvisado tenían mucho más confort que en el poblado donde pasaba la noche el señor presidente…

Alrededor de este, todo eran negros. Empezando por su mujer y sus hijos. Miró a una y a otros, aterrado… Vio sus rubios cabellos y su negra piel.

Aunque tuviesen los cabellos rubios y las facciones diferentes, eran negros, eso era todo. Si alguien hacía algún comentario sobre sus cabellos rubios, sería en tono irónico: mira, unos negros que se han teñido el cabello de rubio, y se lo han desrizado…

Cuidadosamente, con una uña, Karl de Hoven rascó una vez más en la piel de su mujer. Inútil. No era tinte… Ulla abrió los ojos, estuvo un par de segundos inmóvil, despertando realmente, y, de pronto, profirió una exclamación ahogada, y quiso incorporarse. La mano de Karl De Hoven se lo impidió. Ella lo miró, y rompió a llorar, en silencio.

Karl De Hoven se quedó mirando el circular agujero en el techo de la choza. Se veía ya un resplandor de sol. Volvió a oír el cacareo de las gallinas… ¿Qué podían estar haciendo? ¿Buscando comida? ¿Qué comida? ¡Allí solo había polvo…! ¡Y aquellas gachas…!

Co-coc-co-coc…, seguía oyéndose afuera. Karl De Hoven se movió, y su esposa volvió a mirarlo.

—No os mováis de aquí —susurró.

Se puso en pie, pasó por entre los negros tumbados en el suelo

sobre viejas mantas, y salió de la cabaña. Sí, ya era de día. Vio un par de perros mirando las gallinas. Seguramente les darían un buen bocado, pero ya debían de haber recibido muchos palos por hacer algo así, y habían aprendido la lección: las gallinas eran intocables. El sol era pálido, el ambiente ligeramente fresco. Karl De Hoven miró a su derecha, y vio la acampada de sus hombres, los vehículos militares, el coche, las motocicletas… Echó a andar en dirección opuesta, salió del pequeño círculo de chozas, y se encaminó hacia el riachuelo.

Apenas se hubo sentado cerca de la orilla, se sobresaltó, al oír la voz a su derecha:

—Buenos días, señor presidente.

Se quedó mirando a Mabua Luna, que estaba sentada sobre un pequeño peñasco, de cara al sol, sonriente. Estaba peinada, despejada; olía bien. Perfume… El contraste era terrible. En una mano, Mabua Luna tenía todavía un espejito, con el que sin duda había examinado su rostro, y luego, al parecer, se proponía jugar con los rayos del sol. Junto a sus pies, De Hoven vio un maletín rojo con florecillas azules estampadas; un tocador móvil, claro.

—¿En qué condiciones se llevaría a cabo esa conversación con la Comisión? —murmuró De Hoven.

—No ha contestado a mi saludo.

—Buenos días —gruñó el presidente.

—Hará un hermoso sol —Mabua movió el espejito, reflejando los dorados rayos—… ¿Sabe usted que en ocasiones me gustaría ser pagana, para poder adorar al sol abiertamente? En realidad, ya lo adoro, pero claro, no se puede decir que sea mi dios.

—¿Cuál es su dios?

—Cualquiera que sea el que le haya hecho sentir a usted impulsos de hacerme esa pregunta, señor presidente. ¿En qué condiciones? Pues, naturalmente, en las condiciones de personas sensatas que se reúnen para discutir algo que tiene importancia para los seres humanos en general. Puede que sean unas conversaciones muy largas, porque, claro está, usted se opondrá a algunos artículos de la *Whiteblack Law*, y ellos habrán pensado ya otros. Ambas partes deberían ceder en algo y ganar en algo. Por lo demás, usted deberá olvidar que está tratando con negros, y no olvidar que son, simplemente, personas. ¿Cree que puede conseguir

eso?

—Puedo intentarlo —murmuró De Hoven—. ¿Cuándo será la reunión?

—Eso depende de la Comisión. Pero, si usted lo desea, puedo avisar ya a mis amigos para que lo preparen todo —mostró el paquete de cigarrillos que contenía la radio.

—Si usted habla por esa radio, Kobo Mabeko la oirá, ¿no es así?

—No —negó Mabua—, porque con las señales de este espejo acabo de indicar a uno de mis amigos, el que se fue anoche con la moto, y que quedó muy cerca de aquí, que cambie la onda normal por la convenida especialmente. Y yo tengo que hacer lo mismo.

Mabua Luna deshizo el paquete de cigarrillos, dejando al descubierto los diminutos mecanismos y transistores de la radio. Con un diminuto punzón, movió unas pequeñas placas. Luego, alzó el cigarrillo.

—Hola —sonó una voz de hombre—. Bonito sol… ¿Cómo ha pasado la noche?

—Aceptablemente. Simón, vaya al punto dos, hable con los expertos en leyes que llegaron ayer, y dígales que preparen todo lo necesario para una conferencia en serio: máquinas de escribir, dictáfonos, libros de consulta… No sé, lo que sea. Luego, vayan ustedes a instalarse en la casa de que les hablé, en la que tuve mi primer contacto con la Comisión. No varían las instrucciones complementarias.

—*Okay*. ¿De modo que De Hoven ha claudicado?

—Solo ha reflexionado. Ahora, a él y a los señores de la Comisión les esperan momentos de lucha…, pero espero que llegarán a un acuerdo satisfactorio. No vuelva a llamarme, pues tengo que colocar la onda para Mabeko.

—Entendido. ¿Algo más?

—No. Mantenga esa onda, por si yo sí le necesitase.

—*Okay*.

Mabua Luna cerró la radio, la guardó, así como el espejito, y miró sonriente a Karl De Hoven.

—¿Sabe una cosa? Me siento muy satisfecha del modo en que estoy llevando este asunto, prácticamente sin derramamiento de sangre.

De Hoven estaba pálido.

—Habrá mucho derramamiento de sangre si alguien no le para los pies a Mabeko —susurró.

—No se preocupe —sonrió fríamente la negra—: lo tengo todo previsto… Pero hay algo que no acaba de gustarme, y es dejarle a usted con vida. De acuerdo a mis normas, usted debería morir, porque es un mal bicho. Sin embargo, considerando las circunstancias, no puedo matarle, pues es usted necesario para dirigir las negociaciones con la Comisión, y firmar la *Whiteblack Law* como parte de la Constitución southlandesa. Una vez hecho eso, no tendré inconveniente en dejarle seguir viviendo, siempre y cuando se respete lo que se pactará dentro de unas horas, supongo. Pero, señor De Hoven, si después de que todo se haya solucionado satisfactoriamente para usted, tuviese la idea de llevar a cabo alguna… maniobra criminal, dese por muerto. ¿Lo entiende?

—¿Quién es usted?

—Una negra inteligente —sonrió Mabua.

—No tan inteligente, ya que no lo ha previsto todo, aunque usted lo crea así. Estoy seguro de que todavía puedo hacer algo que la sorprenderá… y la asustará —sonrió secamente De Hoven.

—No lo creo.

De Hoven movió la cabeza.

—Pues tendrá que creerlo, porque de lo contrario, nadie de la reunión saldrá con vida. Pero con mis soldados…

—No necesito sus soldados. Señor De Hoven, métase esto en la cabeza: todo lo que usted pueda decirme, yo ya lo sé. Y por si tenía alguna duda, sus palabras acaban de convencerme. Llevo mucho tiempo en… contacto con mentes incluso más retorcidas que la de usted y sus amigos, y eso me ha servido para aprender mucho. Basado en esto, usted y yo iremos solos a esa reunión, sin sus soldados. Y si teme usted caer en su propia trampa, olvídelo: lo tengo todo preparado para cuando me llame Kobo Mabeko. Y cuando yo digo que todo está preparado, créame: es porque todo está preparado.

Capítulo IX

El coche lo conducía Karl De Hoven, siguiendo las indicaciones de Mabua Luna, que iba a su lado. Mabua Luna seguía siendo Mabua Luna, eso era todo. Pero Karl De Hoven ya no parecía Karl De Hoven: llevaba unas viejas ropas, sandalias, y una mugrienta gorra ocultaba la parte superior de su cabeza. Para reconocer al presidente de Southland habría sido necesario colocarse frente a él, a pocos pasos, y que alzase la cabeza, de modo que el ala de la gorra dejase de ocultar sus facciones.

—Es un riesgo absurdo —dijo de pronto De Hoven—. Con mis tropas…

—Con sus tropas solo se habría conseguido derramamiento de sangre en abundancia. Y ya le dije que estoy harta de eso.

—Si algo le falla a usted, nadie de la reunión vivirá para contarlo.

—Nada fallará. Ya le demostré que no me habían engañado, ¿no es así?

Karl De Hoven no contestó. Lo que hizo fue estremecerse. ¿Cómo podía aquella negra tener una inteligencia tan… sobrecogedora? No la había sorprendido, no. Ella le había sorprendido a él, anticipándose incluso a sus revelaciones. Lo sabía todo, ya no necesitaba que él le dijese nada…

—Estamos llegando —dijo ella—. Detenga el coche delante mismo de la casa; lo más cerca posible, de modo que salgamos y éntrenlo en el acto en la casa.

De Hoven obedeció. Metió el coche por el estrecho sendero flanqueado de arbustos y altos árboles. El perro famélico apareció, y comenzó a ladrar.

La puerta de la casa se abrió, y apareció el negro de los blanquísimos cabellos, como algodón. Se apartó del umbral, de modo que De Hoven y Mabua Luna apenas caminaron unos pasos

para entrar en la casa.

Nueva reunión.

Pero mucho más nutrida e importante. Había nueve o diez negros esta vez. Y tres hombres blancos. Se habían habilitado mesas, sobre las cuales había libros, papeles, máquinas de escribir, dictáfonos, cigarrillos, botellas, vasos, bolígrafos de colores varios, carpetas, archivadores…

Las miradas de todos estaban fijas en Mabua Luna, que sonreía.

—Caballeros —paseó su mirada por los negros—: tal como les prometió Kobo Mabeko, he podido conseguir la participación del presidente señor De Hoven en esta reunión. Señor De Hoven: le presento al señor Uro Nboko, único nombre que conozco, y a los restantes miembros de la Comisión.

Uro Nboko se acercó, y tendió vacilante la mano.

—¿Cómo está usted, señor presidente?

De Hoven miró la mano, y se pasó la lengua por los labios. Estaba muy pálido.

—Bien, gracias —murmuro, aceptando la mano de Nboko.

—Permítame usted, voy a presentarle a Nemu Soro… Oyamo Vento… Am Kibeo…

Karl De Hoven fue estrechando hasta diez manos negras, mirando los oscuros ojos que a su vez escrutaban los suyos. Dentro de él había miles de diminutas descargas eléctricas, que se disparaban con más fuerza cuando recordaba a Ulla y a sus hijos, a los que había dejado en el poblado negro.

¿Qué haría en el futuro? ¿Qué haría con los tres seres que amaba?

La presentación de los negros terminó. Mabua Luna señaló a los tres hombres blancos.

—A ellos pueden llamarlos Lourenço, Johann, y Cabo. Espero que les serán muy útiles, pero solo como consejeros. Son ustedes los que tienen que tomar las decisiones, partiendo de la *Whiteblack Law*. ¿Están todos de acuerdo, caballeros?

Todas las miradas convergieron en De Hoven, que asintió, y fue a sentarse. Entonces se dio cuenta de lo que le había parecido extraño en aquella casa: pese a que todavía no era de noche, había varias linternas encendidas, y esa era la iluminación de que, al parecer, tendrían que servirse. Miró hacia las ventanas, y las vio

cubiertas por tablones. Miró a Mabua Luna, y esta sonrió simpáticamente.

—Una última advertencia, caballeros: ustedes limítense a su trabajo, y no se asusten pase lo que pase. ¿Cuento con ello? Gracias.

De Hoven murmuró:

—Me extraña que todavía no hayan empez…

Fue justo entonces cuando afuera comenzaron a sonar los disparos, mezclados con gritos, aullidos… La casa retembló al recibir numerosos impactos, y algunas tablas mostraron los astillados orificios por donde penetraron las balas. Mabua se había tirado enseguida al suelo, gritando:

—¡Todos al suelo, pronto!

Pero el tiroteo terminó enseguida. Y lo mismo el griterío furioso. Tal como había comenzado, de pronto, cesó.

Todo quedó en completo silencio.

En el suelo, los negros se miraban unos a otros, demudados, y luego, sin comprender nada, a Mabua Luna y a Karl De Hoven. Lo que sí comprendían instintivamente era que no podía ser una trampa ni de Mabua ni del presidente, ya que ellos también estaban dentro de la casa…

—Me parece que todo ha terminado —dijo Mabua, sentándose en el suelo—, pero será mejor que me asegure…

—¿Qué es lo que ha terminado? —preguntó Nemu Soro.

—El ataque por el que los jefecillos de tres tribus, reunidos por Kobo Mabeko, pretendían eliminarnos a todos…, sin saber que con nosotros está el señor De Hoven. Permítanme un momento. —Alzó el cigarrillo—… ¿Simón?

—Sí. Todo bien, todo controlado.

—¿Todo… completamente?

—Todo completamente. Ha sido fantástico.

—Les espero.

Cerró la radio, y suspiró profundamente.

—¿Qué ha pasado ahí fuera? —preguntó ahora Uro Nboko.

—Hemos hecho unos cuantos prisioneros. Esos disparos que han oído los han efectuado los jefecillos de quienes les hablaba, es decir, los que debían secundar los planes del señor De Hoven que ustedes ya conocen…

—¡Pero…!

—Calma, calma. Las cosas cambiaron en cuanto el señor De Hoven llegó a cierto poblado y vio algo que lo derrotó por completo. Pero será mejor que comencemos por el principio: el señor De Hoven y Kobo Mabeko estaban de acuerdo en todo. En realidad, era Kobo Mabeko quien debía dirigir las acciones de esos jefecillos…, si el genocidio se hubiese llevado a cabo. El plan partió de ambos, de De Hoven y de Mabeko, y era una… contraofensiva contra la *Whiteblack Law*. ¿Quién concedería derechos igualitarios a los negros cuando estos se lanzasen unos contra otros y contra los blancos, y tuviesen que ser rechazados por el ejército? Mientras tanto, ya dispuesto todo con los jefecillos por medio de Kobo Mabeko, era muy conveniente e interesante conocer los términos de la *Whiteblack Law*, y a sus creadores, para eliminar a estos o encarcelarlos acusándoles de haber provocado la revuelta negra, o en todo caso, conocer esa ley a fin de efectuar las oportunas maniobras «legales» disuasorias. Pero Mabeko sabía que los de la comisión no confiaban en él, que nunca le darían la menor información sobre la *Whiteblack Law*, así que tuvo… una idea genial: recurrir a la agente *Baby* de la CIA.

—¿Quién? —Respingó De Hoven.

—Oh, en eso todavía no nos habíamos sincerado, es cierto, señor presidente —sonrió Mabua Luna—. Discúlpeme por mi reserva.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Evidentemente, que soy *Baby*.

—¡Pero…! ¡*Baby* es de raza blanca!

—Está bien claro que al tener yo siempre controlado a Kobo Mabeko, este no pudo comunicarse con usted para informarle sobre mi persona… Y le aseguro que las cosas fueron así, simplemente, pues al principio debo admitir que creí a Kobo, que me engañó. Pero, como ya le dije a usted esta mañana, sospeché de él cuando la tarde anterior, en el coche, usted dijo «que yo, y todos los de la Comisión, deberíamos estar muertos»… ¿Por qué tenía que decir usted eso? Era un antagonismo absurdo contra mí, en unos momentos poco inteligentes, ya que yo seguía estando en posición ventajosa al tener a su familia. Sin embargo, lo dijo. Y cuando más tarde, reflexioné sobre ello, caí en la cuenta de que tenía que haberlo dicho por algo. Y fue, en realidad, unas instrucciones que usted dio a Kobo Mabeko: debía reunir a los jefecillos de esas tres

tribus, y, cuando la Comisión y yo estuviésemos aquí, matarnos a todos. Y eso es lo que ha intentado Kobo Mabeko: nos ha reunido aquí, y entonces ha atacado. Solo que mis compañeros de la CIA los estaban esperando, bien escondidos, y en cuanto han aparecido disparando, ellos han disparado a su vez. Pero no con balas: han utilizado las mismas armas que utilizaron para secuestrar a los hijos del señor presidente…

—¿Qué dice usted? —Exclamó Oyamu Vento—. ¡Eso no lo sabíamos nosotros!

—Tranquilícese, todo está bien ahora. Como les decía, mis compañeros no han utilizado balas, sino un arma especial que ha terminado la lucha apenas iniciada: han disparado ampollas de gas narcótico, y en estos momentos esos jefecillos tienen sueño para un par de horas. Supongo que sabrán ustedes ponerlos a buen recaudo. ¿Alguna duda?

Hubo un breve silencio. Por fin, Uro Nboko murmuró:

—¿Está segura de que Mabeko estaba de parte del señor presidente?

—Ségurísima, puesto que el mismo señor De Hoven me lo confirmó cuando esta mañana lo sorprendí con mis… deducciones y disposiciones para un plan que ha funcionado a la perfección. Kobo Mabeko habría sido nombrado Supervisor de la Población Negra de Southland, un cargo muy bien pagado, importante…, y que, al mismo tiempo que lo enriquecía, le habría servido para tener siempre a raya a los negros, siguiendo las directrices del señor De Hoven. ¿Cierto, señor De Hoven?

—Sí.

—No se le oye bien, señor.

—¡He dicho que sí! —Gruñó De Hoven, lívido.

—Pero… pero Kobo Mabeko andaba huido, le perseguían, dispararon contra él cuando…

—Un pequeño riesgo, que, como estaba previsto, fue salvado fácilmente por Kobo Mabeko. Todo fue muy bien preparado. Y, para darle mayor verosimilitud, Mabeko incluso preparó el asesinato de Isa Verkavaa…, la cual le amaba realmente, y quería ayudarle. Tanto esa pobre muchacha, como el hombre del apartamento de Mabeko, al que maté, fueron víctimas ignorantes del juego en el que estaban metidos: introducir a la agente *Baby* en el asunto. ¿Y

quieren saber por qué Mabeko quería introducirme a toda costa en el asunto? Pues, porque él sabía que, mencionándome a mí, no solo confiaría a la Comisión, como así fue, sino que llegaría a enterarse de la *Whiteblack Law*. Y cuando todo hubiese ocurrido… ¿quién explicaría al mundo lo sucedido, esto es, que los negros se habían alzado en sangrienta revuelta, y que por tanto no merecían consideraciones? Pues, lo explicaría nada menos que la agente *Baby*, la cual, y ustedes lo saben muy bien, pues cambiaron de actitud en cuanto yo intervine, goza de gran credibilidad en todos los gobiernos informados por sus respectivos servicios secretos de cuál es mi… trayectoria emocional y operacional. Sí, *Baby* informaría al mundo, quizás incluso por medio de las Naciones Unidas. Así pues, había que utilizarla para dar credibilidad a todo el asunto…

—Espere un momento —interrumpió Oyamu Vento—… ¿Y el informe del señor De Hoven, el que Kobo Mabeko robó, mencionando varios nombres, firmado por todos ellos…?

—Ese documento, que fue puesto como cebo para mí, y que le costó la vida a un hombre, es falso, señor.

—¿Cómo, falso?

—Lo es —murmuró De Hoven—… Espero que, cuando menos, no me crean tan estúpido de firmar un documento como ese.

—Pero… Todo esto es absurdo…

—No —movió la cabeza Mabua Luna—. Es perfecto. Y lo van a entender muy fácilmente, estoy segura. Ese documento, con el que se podría acusar al señor De Hoven y a sus hombres de confianza en el gobierno, es falso, en efecto. A Kobo Mabeko le dijeron que era solo un truco inteligente: cuando ese documento falso fuese exhibido por alguien contra el presidente, se demostraría enseguida que era falso; bien falsificado, desde luego, pero falso, y se diría entonces que era un burdo intento de los negros, y concretamente de la Comisión, para tomar el poder, un pretexto, una justificación a su sangrienta revuelta armada. Claro está, nadie creería que De Hoven y sus hombres habían redactado semejante documento, que, además, como digo, pronto se vería que era falso… Es decir, que todo acusaría a los negros y a la Comisión. Solamente una persona podría decir de dónde procedía el documento, aunque fuese falso: Kobo Mabeko. Pero este, en cuanto hubiese cumplido su parte,

habría sido eliminado. ¿No es así, señor presidente?

—Sí.

—¿Qué quedaba entonces? Un documento falso que todos creerían que era un torpe intento de los negros para justificar su revuelta acusando a De Hoven de preparar un genocidio. Quedaría también, un pueblo derrotado: los negros. Quedaría también la *Whiteblack Law* en posesión de De Hoven, que la estudiaría para saber cómo hacerle frente si alguien de la Comisión sobrevivía… Y quedaría la agente *Baby*, que, después de haber sido manejada a su antojo por Kobo Mabeko, diría al mundo lo que él quería que dijese. Solo que Mabeko jugó con un juguete demasiado grande para él: una espía. Muy pronto perdió mi ritmo de trabajo, quedó atrás, desconectado de todo… Y cuando vino a darse cuenta, ya no tuvo tiempo de nada: solo de escuchar la desesperada orden disimulada del señor De Hoven, es decir, que me matase a mí, pues de ninguna manera podrían ya utilizarme, y a todos ustedes. ¿Alguna duda más, caballeros?

De nuevo se hizo el silencio. De pronto, uno de los negros más jóvenes se puso en pie. Estaba demudado.

—Me niego a tratar ningún asunto con el… presidente. No contéis conmigo.

Mabua Luna fue mirando de uno a otro. Nadie decía nada. Por fin, tuvo que ser ella quien tomase de nuevo la palabra:

—Le comprendo a usted. Le comprendemos todos. Pero en la Política y en el Espionaje, las cosas son así muchas veces: hace un minuto, enemigos a muerte; ahora, colaboradores. La supervivencia del señor De Hoven les interesa a ustedes más que a él, y por eso yo no lo he matado, porque espero que servirá para encauzar la *Whiteblack Law*. Ahora bien, si ustedes lo prefieren muerto —la pistolita de cachas de madreperla apareció en la mano de Mabua Luna—, no tengo ningún inconveniente en matarlo. ¿Cuál es su veredicto?

—¡Muerte! —dijo el negro joven—. ¿Acaso no salió de él todo el plan de muerte a los negros? ¡Pues que muera él!

—Guarde eso —refunfuñó Uro Nboko—. Lo necesitamos vivo, eso es todo. Y tú cállate, Nimo.

—¡Yo no trabajaré con este hombre!

—Pues márchate. Pero eso será todo lo que harás: privarnos de

tu ayuda.

El joven negro se mordió los labios, bajó la cabeza, y permaneció en el mismo sitio, como una estatua.

—¿Y por qué el señor presidente ha cambiado de actitud hacia nosotros? —preguntó de pronto otro negro—. ¿Qué ha sucedido?

—Yo creo que se ha dado cuenta de que es bueno y conveniente dictar unas leyes que garanticen el bienestar de los negros, ¿no es así, señor De Hoven?

—Sí… Sí, así es.

—No se le oye —sonrió Mabua.

—¡He dicho que sí!

—Ah. Bueno, les diré una cosa: redacten y firmen aquí los preliminares para el compromiso de estudiar y poner en funcionamiento la *Whiteblack Law*, y luego, busquen un lugar más confortable para poner a punto esa ley. ¿Le parecería a usted bien la Casa de la Presidencia, señor De Hoven?

—Sí… ¡Sí!

—Perfecto. Ahora sí se le oye bien… Vaya a abrir la puerta.

Habían sonado golpes en ella, y Mabua miró al negro del cabello como algodón, que la obedeció. Entraron solamente dos hombres, con casco y lentes de motorista, y uno de ellos se detuvo delante de la hermosísima negra.

—Están todos atados. ¿Qué hacemos con ellos?

—¿Y Mabeko?

—También.

—Tráiganlo, y déjenlo apoyado en esa pared.

Nadie dijo nada cuando Mabeko fue introducido en la casa, y sentado apoyado de espaldas en la pared. Su cabeza caía hacia el pecho, vencida por el profundo sueño del gas.

Mabua Luna miró a De Hoven.

—Yo voy a marcharme ahora, y pasaré por donde dejamos a sus soldados esperando, para enviarlos aquí a que se hagan cargo de los prisioneros, que habrá que poner a buen recaudo, ya que, evidentemente, son capaces de lanzarse a una revuelta sangrienta. Luego, mientras ustedes firman el compromiso para la introducción de la *Whiteblack Law* en la Constitución, yo iré al poblado, recogeré a su familia, y la llevaré personalmente a su casa. Lo haré con discreción, no tema.

—Pero luego… ¿qué haré? ¿Qué haremos? Yo… no sé qué va a ser de nosotros… No podremos… vivir como hasta ahora… ¡Usted ha destrozado mi vida, y la de los míos!

—Firme el compromiso y regrese a su casa, señor De Hoven —murmuró Mabua—. Y espero que la lección le resulte provechosa. Bien… Adiós a todos.

Todas las miradas estaban fijas en Mabua Luna, una de ellas casi hostil, la del joven negro, que farfulló:

—¿Por qué ha traído aquí a Mabeko?

—Ah, sí… Bueno, puesto que usted está tan soliviantado, he pensado que se calmaría matando a alguien, y como no podemos hacerlo con el señor De Hoven, es posible que Mabeko le sirva. ¿Quiere mi pistola?

El negro palideció.

—¡Claro que no! —exclamó, aterrado—. ¿Qué dice…? ¿Cómo voy a disparar… a sangre fría… contra un hombre dormido?

—Pues así, por ejemplo —dijo Mabua Luna.

Se volvió hacia Kobo Mabeko, apuntó a su corazón, y apretó el gatillo de la pistolita.

Plof.

Kobo Mabeko apenas se estremeció.

En realidad, todo continuó igual…, salvo la manchita de sangre que comenzó a aparecer en su pecho.

Tras un terrible silencio, se oyeron, nítidas, las palabras de Mabua Luna:

—Han muerto una mujer blanca, un hombre blanco, y un hombre negro. Todos ustedes han perdido. Y yo también. Adiós.

Este es el final

Karl De Hoven regresó a su domicilio cuando estaba amaneciendo.

Al entrar en su casa ya no pensaba en lo que había firmado, y en el mucho trabajo que le esperaba en los días venideros para dejar establecida definitivamente la *Whiteblack Law*. Eso ya estaba hecho, no podría volverse atrás. Seguiría su curso, para bien o para mal…

Pensaba en su familia, a la que iba a ver muy pronto. Una familia que, como él mismo, siempre había sentido aquel innato y profundo desprecio hacia los negros; o hacia los chinos; o hacia los… Hacia todos los que no fuesen blancos. Y ahora, ese desprecio tendrían que utilizarlo contra sí mismos. ¿Cómo podrían vivir ahora…? Ulla, tan blanca y hermosa, era negra. Y Oskar. Y Pia. Y él era blanco. Había protegido a su familia para el futuro, cuando tuviesen que seguir con sus vidas convertidos en negros. Pero… ¿qué clase de vida iban a llevar ahora los cuatro?

Se dirigió al salón, dispuesto a servirse un *whisky* antes de subir a su dormitorio y encontrar a su esposa negra en la cama. Y a sus hijos. Oh, sí, sabía que Mabua Luna habría cumplido su palabra, se los había devuelto, sin la menor duda…

Y era cierto. Estaban allí, en el salón, no en sus camas. Seguramente, le habían estado esperando, y se habían quedado dormidos. Ulla y Pia en el sofá, Oskar en un sillón, encogido.

Y eran blancos. Ya no eran negros, eran blancos.

Karl De Hoven estuvo casi un minuto inmóvil, mirando a sus seres queridos. Ni siquiera parpadeaba. Todo se había detenido. Sus temores, sus pensamientos, su angustia… Se acercó sigilosamente al sofá, y se quedó mirando, todavía sin creerlo, sin comprender absolutamente nada, las blancas carnes de su esposa, las pecas de su hija…

Y entonces vio el sobre que había en el sofá, junto a Ulla.

Lo tomó, y lo abrió. Con mano temblorosa, extrajo el papel doblado que contenía y en el que solo había escritas tres líneas:

> *Es usted el primer criminal al que permito seguir viviendo. Enhorabuena. Aproveche la oportunidad en beneficio de TODOS. De lo contrario, volveré.*
>
> *Baby*

FIN